



CARLOS LISCANO

El furgón de los locos

 Planeta



FOTO: JORGE HORNOS

CARLOS LISCANO nació en Montevideo (Uruguay) en 1949. Estuvo detenido casi trece años por razones políticas y luego vivió casi once años en Suecia. Publicó cuentos, novelas, poesía y teatro. Actualmente reside en Montevideo y escribe para el semanario *Brecha* y para *El País Cultural*.

En 2000, Editorial Planeta publicó su novela *La ciudad de todos los vientos*.

47
1952

EL FURGÓN DE LOS LOCOS

CARLOS LISCANO

EL FURGÓN DE LOS LOCOS

 Planeta

Diseño de cubierta: Mario Blanco / María Inés Linares
Diseño de interiores: Alejandro Ulloa

© 2001, Carlos Liscano

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 2001, Editorial Planeta S.A.
Av. Rivera 2019, Montevideo - Uruguay
Grupo Planeta

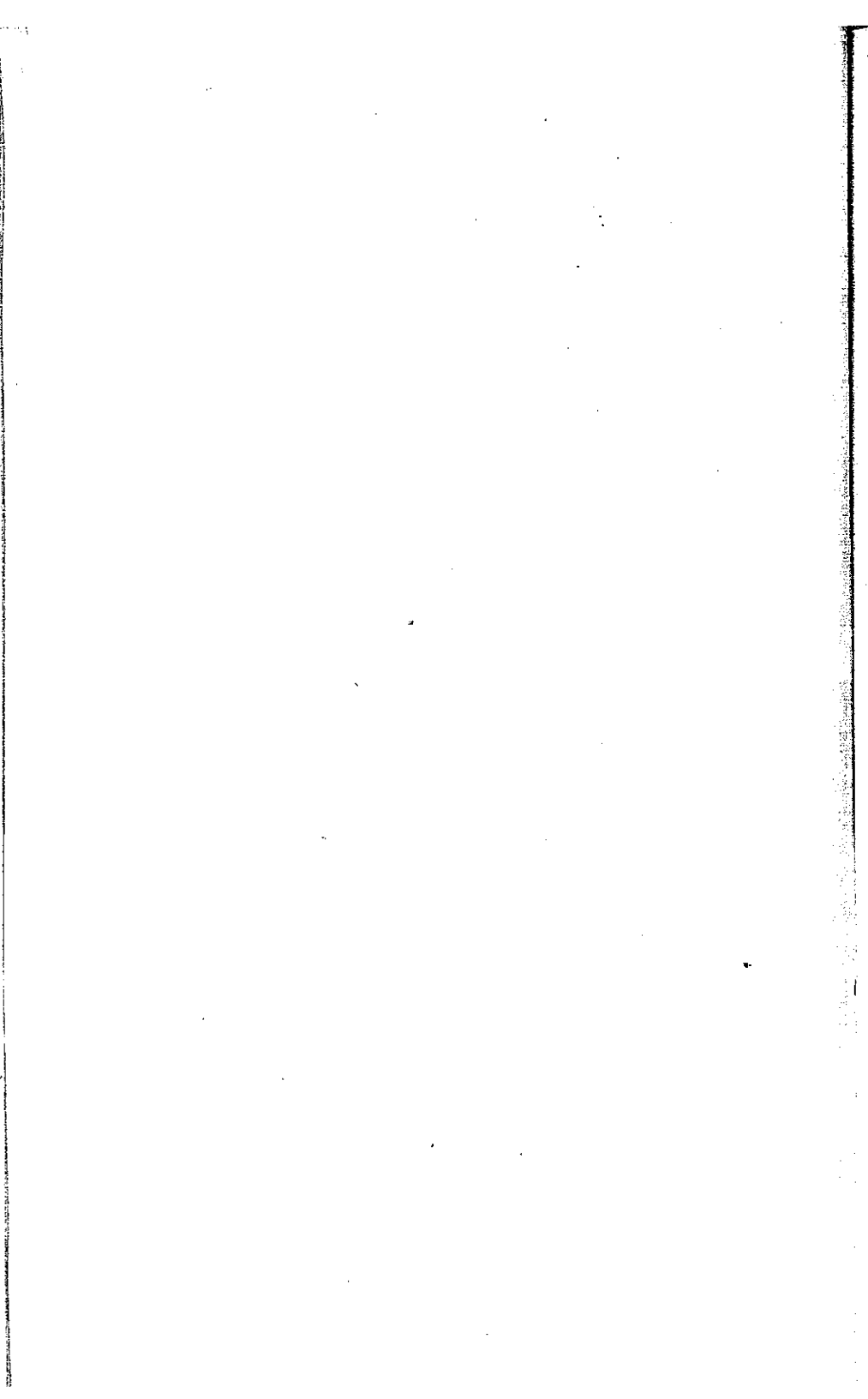
Segunda Edición: Diciembre 2001

Tercera Edición: Diciembre 2002

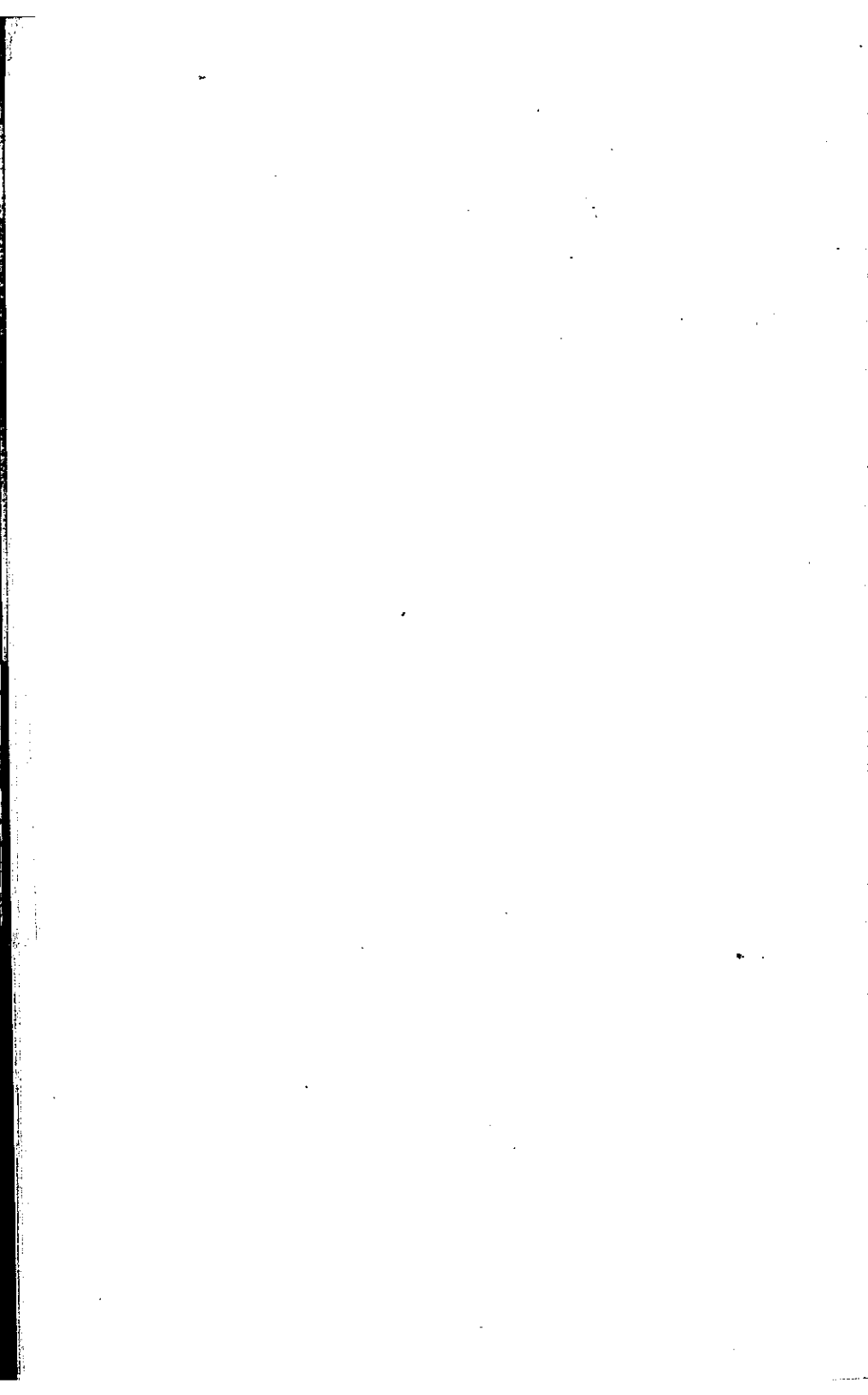
ISBN 9974-643-12-0

“De acuerdo con el art. 23 de la ley 15.913 del 27/11/87: El que edite, venda, reproduzca o hiciere reproducir por cualquier medio o instrumento, total o parcialmente, una obra inédita o publicada sin autorización escrita de su autor o causahabiente que su adquirente a cualquier título o la atribuya a autor distinto, contraviniendo en cualquier forma lo dispuesto en la presente ley, será castigado con pena de tres meses de prisión a tres años de penitenciaría”, por lo que el editor se reserva el derecho de denunciar ante la justicia Penal competente toda forma de reproducción, transmisión, o archivo en sistemas recuperables por cualquier medio, sea mecánico, electrónico o grabación de este ejemplar, sin autorización previa.

Hace días que estoy en un cuartel del Ejército, encapuchado hasta los hombros; el pantalón, la camiseta, el calzoncillo, los zapatos empapados. Tengo 23 años. No sé qué día ni qué hora es. Sé que es de noche, tarde. Acaban de traerme de la sala de tortura, que está en la planta baja, bajando la escalera, doblando a la izquierda. Se oyen los gritos, un torturado, otro, y otro y otro, toda la noche. No pienso en nada. O pienso en mi cuerpo. No lo pienso: siento mi cuerpo. Está sucio, golpeado, cansado, huele mal, tiene sueño, hambre. En este momento en el mundo somos mi cuerpo y yo. No me lo digo así, pero lo sé: no hay nadie más que nosotros dos. Pasarán muchos años, casi treinta, antes de que pueda decirme qué es lo que siento. No decirme "qué se siente" sino qué sentimos él y yo.



Dos urnas
en un auto



1

Acabo de cumplir siete años. Estoy aprendiendo la hora, pero no tengo reloj. En esta época sólo los adultos tienen reloj. Un reloj es un instrumento serio, caro, de mucho cuidado. No se le entrega a los niños.

Vivimos los tres en un altillo, mi padre mi madre y yo. El altillo, que un día será mi cuarto, donde voy a vivir solo casi diez años, tiene unos doce metros cuadrados. Allí vive la familia Liscano, que es la mía. Yo todavía casi no lo sé, pero soy Liscano, un apellido raro en mi país. Ya he aprendido a aclarar que no soy Lescano ni Lascano ni Lezcano. Liscano, con i y con s. Una vida explicándolo.

Esta noche mi padre me despierta. Esto no ocurre nunca. ¿Por qué me despierta, qué quiere?

Hace frío. Veo a mi madre, vestida, sentada en la cama, con una mano sobre la barriga, intentando tranquilizar a mi padre. Son dos cosas que no entiendo: mi padre que me despierta sin motivo,

y mi madre allí, sentada en la cama, agarrándose la barriga.

Mi padre me dice que tenemos que ir al hospital porque va a nacer mi hermanito. Hace unos meses, dos o tres o cuatro, mi madre me dijo, como si estuviera distraída, que yo iba a tener un hermanito. Doblaba la ropa para poner en el ropero y me preguntó:

¿Te gustaría tener un hermanito?

Que claro que no. Yo estaba bien así como estaba.

Pero entendí que a mi madre no le interesaba saber qué opinaba yo. Sólo estaba informándome.

Ahora acaban de despertarme y no sé qué hora es. No sé la hora, ni esta hora específica ni la hora en general. Mi padre intenta vestirme. Mi padre es torpe. Siempre es torpe, no importa lo que haga. Es fuerte y torpe. Mi madre es mucho mejor que mi padre, siempre me entiende, y siempre es suave. Mi madre es fuerte y hábil y suave. Por eso, aunque apenas se mueve, mi madre ayuda a mi padre a vestirme.

Entre los dos me visten y salimos a la calle, donde es de noche y hace más frío que en el altillito. Llega un taxi y subimos, un hombre de treinta y un años, una mujer preñada de veinticinco, un niño de siete y un bolso. Yo sé que en este momento no lo pienso así, las edades y los detalles, pero sé que ya soy un niño así, un niño que cuenta y calcula todo lo que se le pone delante, sin poder evitarlo, toda la vida.

Acabado

2

Mi madre agarrándose la barriga, mi padre nervioso, el bolso con ropa y yo llegamos a un hospital. Yo, que soy un niño, sé exactamente dónde nací, en qué hospital, qué día, qué año, a qué hora. Y por eso sé que éste no es mi hospital, el único hospital donde he estado, donde nací. Aquí hay lujo, no como en el mío, que es un hospital pobre.

¿Por qué mi hermanito va a nacer aquí, donde no nací yo? No lo sé, no lo pregunto. Un día mi madre me lo explicará. Una obrera textil como ella tiene derecho a este hospital. Cuando yo nací ella era sirvienta, no tenía tantos derechos.

Mi padre, que siempre entiende poco, me deja en la sala de espera. No sé si cree que soy un hombre, y un hombre siempre se las arregla solo. Quizás está tan nervioso que no se da cuenta de que tengo siete años. Pero ahí me deja, y desaparece con mi madre.

Durante horas me quedo solo. No tengo con

quien hablar, ni nada para comer ni para beber ni nada con qué jugar. Aquí estoy, un hombre de siete años, firme, como quiere mi padre. En realidad mi padre me importa poco. Trato de no crearle problemas a mi madre. Que haga lo que tenga que hacer y vuelva enseguida. Ella siempre se da cuenta de todo, y mi padre no. Me siento a esperarla. Cuando termine volverá, y me contará lo que hizo. Ella siempre me cuenta todo. Mi padre no, nunca tiene tiempo, no tiene palabras. Él no habla, ella explica todo. Así son.

Estoy en la sala de espera de este hospital donde no hay nada y va a nacer mi hermanito. Aquí, donde él va a nacer, no hay nada de nada. Hay una planta, un par de sillones, alguna gente que pasa, y yo. O sea, estoy solo de verdad.

Lo único más o menos interesante que hay aquí es un reloj en la pared. No hay nada más que pueda servir para algo. Comienzo a mirarlo y trato de adivinar qué hora es. Me han explicado un poco la hora, pero todavía no he aprendido. Me concentro en tratar de ver qué hace el reloj. Así pasa el tiempo. De vez en cuando miro. De pronto entiendo la lógica de las agujas. Cada cinco minutos vuelvo a mirar. Me doy cuenta de que ahora sé la hora. Pero el reloj no avanza a la velocidad que yo quisiera para poder demostrármelo. Si acabo de leer que son las 2 y 20, tiene muy poca gracia decirme a los cinco minutos que son las 2 y 25. Quisiera que los minutos avanzaran más rápido, para poner a prueba mis conocimientos.

Durante largos ratos me olvido de mi padre, que me dijo que ya volvía y no ha aparecido ni una

vez, de mi madre que está en algún piso por ahí arriba, y de mi hermanito, con quien yo voy a poder jugar al fútbol. He aprendido la hora, eso tengo para contar a mi madre y a mi padre cuando vuelva a verlos.

15

el niño sabe leer

3

De pronto aparece mi padre. Viene cansado y alegre. Son casi las siete de la mañana. Me dice que mi madre y la hermanita están bien.

¿Cómo es eso? Me prometieron un hermanito, no una hermanita.

Bueno, pero no fue así. Es una niña. Preciosa.

Para mí eso no tiene explicación, no tiene lógica. No me cabe en la cabeza que se hayan equivocado de ese modo. Con una niña no se puede ni jugar al fútbol ni hacer nada. ¿Qué hago yo con una niña?

Con esa idea imposible de tener una hermana vuelvo con mi padre en el taxi a casa.

De tarde mi abuela me lleva a ver a mi madre. Está en la cama. Al lado hay una cuna con un envoltorio. Ésa es "la niña" que me consiguieron, "la preciosa".

Es el 24 de mayo de 1956. Hoy aprendí la hora. Hoy nació mi hermana. Dos cosas para toda la vida.

4

Montevideo, 27 de mayo de 1972. Hace tres días mi hermana cumplió dieciséis años, y esta noche le hacen una fiesta. A la hora de la reunión no llego. Sé que mi madre estará preocupada. Mi padre creerá que ando por ahí, en cualquier cosa. Mi hermana pensará que no me intereso por ella.

Yo planeé ir a la fiesta, y anuncié que iría, pero no iré. No puedo. A las dos de la madrugada los militares vienen a buscarme a mi casa. Me sacan de la cama, descalzo y en camiseta, me encapuchan, me atan las manos en la espalda, y me ponen en la vereda, cara a la pared. Enseguida me tiran en una camioneta y partimos.

Penal de Libertad, 31 de mayo de 1976. Hace cuatro años que estoy preso. En este momento mi compañero de celda es el Cholo González, cañero. El Cholo estuvo preso, se fugó de la cárcel de Punta Carretas en 1971. En 1972 se refugió en Chile. Viajó después a Cuba. En 1975 salió de Cuba, vía Moscú, Buenos Aires. Su meta era Montevideo. Cuando llegó a Montevideo lo detuvieron, le dieron un balazo en la cara. Después de pasar por la tortura lo trajeron al penal y lo pusieron en mi celda. El Cholo es dirigente sindical. Ha ido pocos años a la escuela, pero es un hombre culto, amable, solidario.

Los presos tienen pasión, y desesperación, por aprovechar el tiempo. Hay que hacer algo positivo, algo por la vida, no quedarse, no dejarse aplastar por las rejas. Al poco tiempo de conocernos el Cholo y yo convenimos en que lo ayudaré a estudiar idioma español. Si bien puede mantener debates

complejos y duros en una asamblea, organizar y dirigir gente, viajar con documentos falsos por medio mundo, tiene dificultades para escribir. Con gran modestia acepta que yo lo ayude.

Empiezo a buscar un texto de idioma español y alguien me pasa un libro que se usa en primer año de liceo.

6

Porque no sé cómo empezar con el curso, leo en voz alta el texto de la primera lección y luego hago un comentario, cómo se reconoce un verbo, un sustantivo, un adjetivo. Él me señala alguna palabra que no conoce, yo trato de explicarle lo que significa.

Luego vamos a los ejercicios que el libro indica para esa lección, los hacemos, y acordamos que cada mañana él leerá el texto, hará los ejercicios, y yo a la tarde se los corregiré. Ahora tiene sus deberes para el otro día.

Poco a poco vamos agregando dictados, redacciones. Como no se le ocurre qué escribir, y cree que no tiene nada que contar, le pido que escriba sobre asuntos que tienen que ver con su vida y su trabajo. Así me cuenta, por escrito, cómo se corta la caña de azúcar en Uruguay y cómo se corta la caña de azúcar en Cuba, que son técnicas diferentes; cómo se hace un rancho de terrón; cómo se hace un techo de paja.

Son cosas que yo no conozco y por eso, después de corregir, pido más explicaciones, detalles. Aprendo yo, aprende él. Nos complementamos.

Uso un lápiz rojo para corregir los escritos del Cholo. Tiempo después me dice que le da una inmensa bronca mirar su cuaderno, tan cuidado, tan perfecto, con esas marcas que yo le hago. Cada marca significa, además, que tiene que escribir la palabra diez veces, para recordarla, como a mí me enseñaron en la escuela. A él no le gusta mi método, pero como somos gente seria, y lo hemos acordado, cumple.

Creo que hay algo que nos ayuda a entendernos: los cuentos que le he hecho de mi familia, de mis padres, que se criaron en el campo. En algún sitio él y yo somos de la misma pasta, venimos de la nada. La nada en mi país es no tener un apellido, un tío, unos amigos que todos conocen, ningún vínculo con el poder. Venimos de ninguna parte y tenemos la intención de que se nos respete. ¿Por qué nos han de respetar? Bueno, por algo, por alguna cosa que somos capaces de hacer. Mantenernos de pie, por ejemplo. Estudiar idioma español en la cárcel, por ejemplo.

7

Una tarde, después de comer y antes de la lección de idioma español, se abre la puerta de la celda y me dicen que tengo visita. Esto es sospechoso. Es lunes, yo tuve visita el jueves anterior, hoy no me corresponde. Tampoco es día de visita de abogado, además de que yo no tengo abogado, porque el que tuve también ha sido encarcelado, y está en el cuarto piso. El Supremo Tribunal Militar me ha nombrado un representante, un coronel no sé cuántos, que hace de defensor de varios cientos de presos. Este señor nunca viene a ver a un preso a la cárcel. Así que no es visita de familiares ni de abogado.

Este recurso, decirle que tiene visita, lo usan los militares cuando quieren sacar a un preso de la cárcel y llevarlo a la tortura otra vez. No importa que hayan pasado años desde la detención, si lo consideran necesario se lo llevan a un cuartel para volver a interrogarlo.

En la visita anterior vi a mi madre. Como ape-

nas tenemos treinta minutos, no vale la pena que mi padre viaje cincuenta kilómetros para verme tan poco tiempo. Casi siempre viene mi madre sola. Una coincidencia: la visita anterior fue 27 de mayo, hizo exactamente cuatro años que estoy preso.

Con una sospecha muy grande salgo de la celda. Un par de soldados me trasladan al locutorio. Cuando entro no hay nadie. Bancos de hormigón vacíos, los teléfonos en su sitio junto a los vidrios que separan al preso de la visita.

Después de unos minutos de espera entra mi padre. Me basta verle la cara para saber lo que ha ocurrido. Tiene los ojos rojos. Me dice que mi madre ha muerto. Agrega que en realidad debía haberse muerto él, que sin ella no quiere seguir viviendo.

8

No sé qué decirle, no sé dónde refugiarme. Mi madre ha muerto a los cuarenta y cinco años. Siempre, siempre tendrá cuarenta y cinco años. Llegará un momento en que yo habré vivido más años que ella, que seré mayor que ella. Ahora la enterrarán y yo no estaré allí, no podré acompañar a mi padre, no podré ver a mi hermana que vendrá de Buenos Aires para el entierro. No podré, no podré nada. Es tan grande todo que no cabe en la cabeza. Son tantas y tan grandes las preguntas que no sé por dónde empezar a responderlas.

A los cinco minutos me dejan despedir de mi padre con un abrazo.

Me llevan de nuevo a la celda y le cuento al Cholo lo poco que sé de lo que ocurrió.

Enseguida, no sé cómo, me hago un plan: aquí no ha pasado nada. Los militares, claro, están al tanto de que mi madre ha muerto. Si yo muestro que eso me duele mucho, si muestro que estoy dé-

bil, aprovecharán para intentar destruirme. Por tanto, aquí todo sigue igual.

Le digo al Cholo que tenemos que continuar con la lección de ese día. Me dice que por él no, que podemos tomarnos libre. Insisto en que la lección tiene que seguir adelante, porque eso es lo acordado.

Tengo un argumento más, y se lo digo: a mi madre le hubiera gustado que yo siguiera adelante, sin quebrarme. Veo que no está de acuerdo, pero para dejarme conforme hace lo que yo digo.

9

Llega la noche. Llega el rancho. Pasan la lista. Podemos acostarnos. Me enrosco sobre mí mismo y de cara a la pared me hundo en la noche, me de-jo envolver, quiero perderme en la noche para poder pensar en mi madre.

No volveré a verla. Cuando salga de la cárcel ella ya no estará, nunca más, no podré pelearme y reírme con ella. Es imposible hacer que esa idea me quede en la cabeza. Repaso los recuerdos. Me llevará años organizar los recuerdos, las imágenes de aquella mujer.

Entre todos los recuerdos tengo uno, algo que ella me contó, y que será el que más quiero. Mi madre es niña, vive en el campo, en una familia con cinco hermanos. Para ir a la escuela tiene que caminar varios kilómetros. Mi madre tiene un par de zapatillas para ir a la escuela, que sólo puede usar para ir a la escuela. Es invierno, llueve. Mi madre corre descalza por el campo. Envueltas y bien guar-

dadas en la cartera lleva las zapatillas. Llega a la escuela, espera a que se le sequen los pies y entonces se calza. Cuando sale guarda las zapatillas y corre por el campo otra vez, de vuelta a casa.

Cuando quiero recordar a mi madre la veo, niña, siempre riendo, corriendo descalza por el campo, bajo la lluvia, y sé que en la cartera lleva las zapatillas.

10

Meses después llegamos al final del libro de idioma español. Hacemos la última lección, a la hora que corresponde. Corregimos el último ejercicio, sin prisa, como debe ser, como hemos hecho hasta ahora. Somos gente seria, que se toma las cosas en serio. El curso es, por tanto, serio.

Cuando el alumno contesta la última pregunta me pongo solemne y lo felicito.

Acaba de aprobar con la mejor calificación y por ese motivo se declara fiesta en la escuela. No haremos nada más por el resto de la tarde. A partir de ahora será su obligación aplicar los conocimientos adquiridos, leer mucho, escribir cartas a su hija, no dejar de estudiar nunca.

Chocamos las manos.

Todo es broma, pero los dos sentimos que le hemos ganado algo a la cárcel, al aislamiento, al embrutecimiento que nos quieren imponer. Somos triunfadores por un rato.

11

Mi padre está muy mal después de la muerte de mi madre, bebe mucho. Deja de visitarme, y manda a mi tía, una hermana suya, a la visita. Mi hermana está en Buenos Aires. Meses después se lo lleva con ella.

Un día mi padre decide volver. Una vez en Montevideo se pone el traje, la corbata. Visita nuestro antiguo barrio, conversa con los vecinos. Está alegre, conversador. Todo va bien.

Al otro día me llaman al locutorio. Es raro, no es mi día de visita.

Llego y me entero que el día anterior, 13 de diciembre de 1978, mi padre, después de despedirse de su casa, de los vecinos, del barrio, se suicidó.

Sabía que iba a hacerlo. Él me lo había dicho más de una vez:

“No quiero vivir más si no está tu madre”.

Yo no tenía dudas de que se suicidaría. Lo que me preguntaba era cuándo, cómo.

Acaban de decírmelo y decido que aquí no ha ocurrido nada. Me cierro, como una piedra. Quedaré así años.

De noche, en la oscuridad, cara a la pared, vienen los recuerdos, toda la noche.

Pero el dolor que queda encerrado no es lo único. También siento una enorme bronca. Odio a mi padre, lo odio porque se mató, porque no pensó que yo lo necesitaba, que todavía lo necesito.

Después, meses, años después, comprendo que fue su acto de amor por mi madre. El mundo se le había derrumbado. Sin la mujer con la que había vivido veintiocho años, el hijo preso, la hija en Buenos Aires, la tristeza de vivir en un país donde tener un hijo en el penal de Libertad era peor que cargar la peste. No pudo más, eligió morir. Fue su coraje, su momento, quizá el más importante de su vida, cuando eligió el día, el lugar y el modo en que iba a morir. No fue una muerte plácida, serena, sin dolor. Fue una muerte terrible, dolorosa. Tenía cincuenta y cuatro años.

En 1985, cuando salga de la cárcel, visitaré el lugar donde se mató mi padre. No enseguida de salir, sino un día en que me sentiré seguro, fuerte. Voy al sitio, miro todo, trato de imaginarme. Comprenderé la inmensa soledad que cargaba ese hombre aquel día. Le dedicaré, hacia el pasado, toda mi ternura, el agradecimiento porque trabajó para criarnos. Fue un buen hombre. Me cuidó, me protegió. Cumplió como padre. Con los años tendré como verdad que cumplir con las obligaciones no es poca cosa.

12

Cuando logre organizar los recuerdos de mi padre, me quedaré con uno. Yo tengo cuatro años. Mi padre tiene un carro, y una yegua que se llama Princesa. Se levanta a la una de la mañana y va al mercado a comprar frutas y verduras. Vuelve alrededor de las siete, toma café con leche y sale a la calle, a vender su mercancía, hasta la tarde.

En el recuerdo es invierno, es de mañana, muy temprano. Por algún motivo extraño yo estoy levantado, con mi madre y mi abuela, en la puerta de casa. Esperamos a mi padre. De pronto, por la calle de tierra, aparece el carro, lento, muy lento. Cuando llega hasta nosotros distingo a mi padre. Viene envuelto en bolsas de arpilleras, sobre las que se ha formado escarcha. Es un hombre joven, menor de treinta años, y mi abuela y mi madre tienen que ayudarlo a bajar porque está entumecido de frío. Entra a la cocina.

Toma su café con leche y se va en el carro, a trabajar.

No es un recuerdo hermoso, es sólo el que más me gusta de él.

13

Ahora, sin mis padres, comienzo a vivir en otro mundo, un mundo en que no tengo a nadie hacia atrás. A partir de este momento, sin mis padres, es como si me hubiera quedado solo sobre el planeta. Toda la responsabilidad sobre mi vida será solamente mía, de nadie más. Hasta ahora había sido posible recostarse, aunque fuera mentalmente, en ellos. Hasta ahora era posible echarles las culpas a ellos. Ya no, ni recostarme ni echar las culpas. Mi vida es absolutamente mía, en la cárcel o donde sea, soy responsable de mis actos, todos. Pero siempre sentiré la obligación de ser fiel a los valores simples que me enseñaron, a la elemental dignidad de gente de trabajo que ellos tuvieron.

Dentro de siete años ya no estaré en Uruguay. Entonces, hasta hoy, sentiré, en cualquier sitio que me encuentre, donde nadie me conoce, que si bien ya no tengo que darle cuentas a nadie de mis actos, más que a mí mismo, debo mantener una fi-

delidad al recuerdo de aquella niña que corre descalza bajo la lluvia por el campo, a aquel hombre envuelto en bolsas de arpillera, entumecido de frío sobre un carro. También sé que me gustaría que hubiera un lugar sobre el planeta donde estuvieran los restos de mis padres, un sitio al que yo un día pudiera ir y hablar con ellos, decirles que el hijo ya no está preso, agradecerles la protección y el cuidado que me dieron cuando era niño. Decirles que, mal que bien, el hijo ha salido adelante, vive. Decirles que a ellos, que en los años 30 hicieron nada más que hasta tercer año en una escuela rural, les ha salido un hijo dedicado a los libros. O no decirles nada. Decirme: si no cumpliste con la obligación de enterrar a tus padres, has cumplido con tu obligación de visitar su tumba por lo menos una vez en la vida.

Pero nunca he visitado su tumba, ni siquiera sé si tienen una.

14

Jefatura de Policía de Montevideo, 14 de marzo de 1985. Son las seis, las siete de la tarde. Espera alegre y tensa. Hace más de veinticuatro horas que estamos aquí. Somos quizá treinta hombres, en el cuarto piso. Del otro lado hay un grupo de mujeres que están en la misma espera. Todos hemos pasado muchos años en la cárcel, diez, doce. Alguno, que ha vivido más de un encarcelamiento, acumula dieciséis años.

Sabemos que nos van a liberar esta noche, pero no sabemos a qué hora. No nos importa mucho. Estamos habituados a esperar, a esperar lo que sea. Ya esperamos todo lo que había que esperar, ahora no es nuestro problema. El problema es de ellos, que esperan órdenes para liberarnos.

Pese a que el cuarto piso está casi en el centro de la manzana, aislado, se oyen los gritos desde la calle: familiares, amigos, que llegaron la noche anterior, cantan, saludan. El viento que circula por el

hueco del patio trae trozos de esos cantos, de quienes nos hacen saber que nos esperan. El corazón se calienta con el eco de las voces. Valía la pena esperar tanto tiempo.

Ayer, después del mediodía, nos sacaron del Penal de Libertad. Caminamos en fila unos trescientos metros hasta el portón, por primera vez sin las manos atrás, sin obligación de mirar al frente, de marchar en silencio. Nos hicieron subir a un ómnibus.

Salimos a la ruta y había varios jeeps y camiones llenos de soldados. Rumbo a Montevideo, un helicóptero nos seguía. Durante los últimos días siempre había gente en la puerta del penal, familiares, amigos, periodistas. Ayer había sólo un auto con familiares. Cuando nos vieron salir, se dieron cuenta de que éramos nosotros. El auto arrancó, corrió por la carretera, trató de adelantar el convoy. Al entrar en Montevideo vimos que había chocado en una esquina.

Muchas veces viajé desde el penal a Montevideo en estos años. Nunca vi el paisaje, siempre encerrado en un camión. Ahora veíamos los cambios en los accesos a la ciudad, que no conocíamos. De pronto me di cuenta de que entrábamos en La Teja, mi barrio. El ómnibus tomó la avenida Carlos María Ramírez. Pasamos por los lugares que más conozco, mis calles, a dos cuadras de la casa donde me crié, donde viví hasta los veinte años, a pocos metros de donde vive mi hermana. ¿Estaría mi hermana en casa, sin saber que yo pasaba tan cerca de ella?

15

En el cuarto piso de Jefatura de Policía está todo por conversar y a la vez nada. Antes de las doce de la noche tienen que liberarnos. Eso está decidido, se aprobó una ley que lo manda. Entonces comenzará la libertad. De momento estamos en territorio de nadie, pero seguimos presos.

En pequeños grupos nos hacen bajar. Camino con dificultad. Alguien decidió, hace cinco días, organizar el último partido en el penal de Libertad antes de la liberación. Yo he jugado al fútbol desde niño, también todos los años de cárcel. He estado fracturado y enyesado muchas veces. No quería jugar ese partido, no quería que me ocurriera nada antes de salir. Pero era un deber despedirse jugando al fútbol. Y me hice un esguince en el tobillo.

16

Entramos a una habitación sin ventanas. Detrás de un escritorio, de pie, hay cuatro o cinco hombres, de civil. El escritorio lleno de papeles.

¿Quiénes son, militares, policías?

Los hombres están serios, tensos. Son amables, pero se les nota que están nerviosos. Yo estoy serio y seco, como corresponde. Un poco desagradable también, como es habitual, como uno se acostumbra a ser con el carcelero.

Uno de los hombres me pregunta el nombre. Otro revisa unos papeles. Encuentra los que me corresponden.

"Firme aquí, por favor."

Por favor. Esto es inusual.

Cuando voy a firmar me doy cuenta de que es la libertad. Entonces entiendo que los hombres detrás del escritorio no son militares, no son policías. Son funcionarios del Poder Judicial, que vienen a darnos la libertad. He sido innecesariamente seco y desagradable.

Cuando he firmado uno me da la mano:
"Lo felicito".

Los otros hacen lo mismo. No sé cómo decirles que, si hubiera sabido que no eran militares ni policías, no habría sido tan maleducado. Les agradezco. Los guardianes nos devuelven al cuarto piso.

17

Sigue la espera. Siguen bajando presos a firmar la libertad. Después de dos o tres horas, como a las diez y media de la noche, las cosas empiezan a moverse. Nos bajan a un grupo de ocho o diez al sótano de Jefatura, cada uno con su bolsa. Allí nos habla un oficial de policía, joven.

Iremos en este camión, cerrado, con pequeñas ventanas. Explica que pondrá un policía dentro, desarmado, que tiene como misión no permitir que nadie abra la puerta desde fuera. Que hay mucha gente en la calle, que puede ser peligroso para nosotros si logran sacarnos del furgón.

Es claro que le han dado la orden. Hay que llevar a cada preso al lugar que él indique, a la dirección que ha dado, y tiene que llegar sano y salvo.

No nos interesa nada lo que dice el oficial. Está nervioso. Que haga lo que quiera. Que ponga un policía armado, desarmado, o desnudo o lo que sea. Es su problema. Quienes vamos a viajar en el fur-

gón somos presos viejos, acostumbrados a mostrar indiferencia por lo que hagan, la mierda que decidan. En este momento somos más fuertes que él.

Quienes están en la calle son familiares, amigos, gente que nos espera, no nos harán daño. Pero también es cierto que yo no sabría qué hacer si me soltaran en la puerta de Jefaturá; en el tumulto.

Sentados dentro del furgón, el trámite de salida se demora. A esto también estamos habituados. Más que habituados, sería sorprendente que no fuera así. Siempre hay que esperar. En definitiva, una cárcel es eso, esperar. Esperar la comida, la visita, el baño, la salida al patio, el paquete que envían los familiares, la libertad.

En la cárcel, cuando llega la noche, un preso dice: "Un día menos". Para que otro le conteste: "Un día más". Depende cómo quiera uno mirar las cosas. Si falta un día menos para la libertad es porque uno ha estado un día más en la prisión.

18

En el sótano, en el furgón, todo el mundo reconcentrado, pensando en sus cosas, como yo en las mías. Nadie habla más que alguna tontería, un chiste del momento, nervioso.

De pronto todo se pone en marcha. El oficial de policía da las últimas órdenes, sube y se sienta al lado del chofer. Arranca un vehículo hacia la rampa que da a la calle San José. Se oyen los gritos de la gente. Ahora sí es en serio. Arranca el furgón detrás, emboca el agujero de salida del sótano. Sube. Ya estamos sobre la vereda. Se oyen los gritos. Es un inmenso grito. El furgón pisa la calle. La gente rompe el cordón policial, se tira encima del furgón, lo golpea. Dentro resuena.

El furgón dobla a la izquierda por la calle San José, emprende la marcha a toda velocidad. Ya estamos fuera. Vamos a dejar al primer compañero, en su casa, entre su gente.

El furgón recorre la ciudad. Llegamos a la pri-

mera casa. Hay luz en la calle. Se abre la puerta de atrás. Va a bajar Rodolfo. Él y yo nos despedimos como si fuéramos a vernos dentro de un rato. Logro entrever la calle, la gente. No distingo detalles.

19

Vueltas y vueltas por la ciudad. No sé dónde estamos ni me preocupa demasiado saberlo. Es un sitio en los suburbios. El furgón para en una calle con poca luz, casitas bajas, gente pobre. Hay un grupo en una esquina. Baja otro compañero. De pronto el grito de la gente:

“¡Asesinos, asesinos!”

Gritan a los policías. A nosotros nos deja indiferentes. Estos policías que van aquí cumplen una orden que nos gusta. Quizá es excesivo que les griten asesinos.

No sé cuántos vamos en el furgón, ni cuántos salimos esta noche. Es raro, no me dio por contarlos, yo, que cuento todo lo que se me pone delante. Nunca recordaré cuántos éramos en aquel furgón, ni quiero averiguarlo.

De pronto siento la extrañeza de ser un hombre libre. Porque si bien voy en el furgón policial, con un policía con garrote en la puerta, ya no estoy pre-

so. Puedo hacer de mi vida lo que quiera. Suena hermoso, pero es terrible. ¿Y ahora? ¿Qué viene ahora? Imposible preguntar a nadie aquí, a estos locos reconcentrados en pensarse en libertad.

Si me bajaran en cualquier lugar de la ciudad no sabría qué hacer. No tengo plata, no podría ponerme a explicar quién soy, de dónde vengo. Me da un poco de temor. Quiero llegar a un sitio conocido, entre gente conocida.

Hasta ayer me consideraba un individuo fuerte, física y mentalmente fuerte. Ahora me siento débil. No sé qué voy a hacer en la sociedad. No tengo trabajo, no tengo oficio, no tengo casa, no tengo documentos. Mis amigos son los que van aquí, los que estuvieron presos. Están igual que yo.

Me doy cuenta de que ahora empieza lo peor. Cuando llegue tendré que sacar documentos, conseguir trabajo. Mi plan inmediato: llegar, saludar, y enseguida empezar. No puedo perder tiempo.

Durante años en la cárcel la libertad había sido una llanura infinita, blanca, con luz de crepúsculo. Yo corría por ella, podía avanzar en la dirección que quisiera, hacia el horizonte. No era desolada, era estimulante. Allí estaba todo. Dependía de mí llegar, de mis intereses, de mis ganas de avanzar.

Ahora comienza la libertad. Y no es la llanura. Es esto, un furgón avanzando en la noche por la ciudad, por barrios y calles que no logro identificar, que tal vez no conozco. No es estimulante, es inquietante, un desafío.

En la cárcel era más cómodo: esto no se puede y lo otro tampoco, y apenas hay algo que se puede. Si la comida llega en hora, se come en hora. Si lle-

ga tarde, se come tarde. Y si no llega ni en hora ni tarde, no se come. Ésa es la libertad que queda, y no es poca. Otros deciden todo sobre mí. Yo decido que no me importa lo que decidan. Para el preso vivir es resistir un día, una noche más. Para el ciudadano libre, ¿qué es, cómo es vivir?

En el furgón tengo, a la vez, la sensación de infinita libertad. Puedo elegir el camino que quiera, y eso es enorme, inmenso, más grande que cualquier sueño. Todos los caminos, la infinitud de la vida está delante de mí. Pero eso me paraliza. ¿Qué camino elijo? Y sé que cuando elija uno, me perderé todos los demás.

Así la libertad es una abstracción, algo no vivido. Dentro de un instante tendré que empezar a decidir. Ya estoy decidiendo, y no puedo equivocarme. No se me ocurre que lo primero que tendría que hacer sería sentarme a descansar. Nada. Lo mío es hacer, enseguida. Siento que este viaje hacia la libertad es una pérdida de tiempo. Ya tendría que estar en el lugar, haciendo algo.

Dentro de un rato sentiré que estoy en el momento más difícil de mi vida. Para salir adelante tengo el instinto del animal en el monte, que es el hábito del preso: ver sin mirar, oír sin escuchar, estar enterado sin demostrarlo.

20

El 14 de marzo de 1985 recupero la libertad. El 11 de diciembre de 1985 aterrizo en Estocolmo.

Es 24 de diciembre de 1985 estoy en casa de Nená, uruguaya que estuvo presa y desde hace años está exiliada. Es mi primera cena de Nochebuena desde 1971. Hay diez o doce personas alrededor de la mesa, las hijas de Nená y Juanjo, alguien más que no recuerdo, y una mujer uruguaya que acaban de presentarme.

La cena transcurre como se espera en estas reuniones, más algo especial: brindis por Juanjo que acaba de reunirse con sus hijas después de quince años, brindis por mí que también estoy en libertad y lejos de mi familia. Juanjo y yo estamos todavía habituándonos a la vida en sociedad, en un país que no conocemos, donde se comen comidas que nunca habíamos probado, con un paisaje de nieve más allá de la ventana.

Ya hemos pasado las solemnidades propias de

la fecha, más las solemnidades del reencuentro y la alegría por los presos que han sido liberados. Estamos todavía en la mesa y la conversación comienza a disgregarse, cada grupo habla para sí, se cuentan alguna historia, un chiste.

De pronto la mujer que está delante de mí, la uruguaya que no conozco, se ríe, y le sale un chorro de risa, como una explosión que llena toda la casa. Me quedo mirándola. La miro y pienso que lo que se me ocurre no puede ser, que tiene que ser un error de mi memoria.

No conozco a esta mujer, ni siquiera recuerdo el nombre que me dijeron hace una hora cuando me la presentaron. Porque no la conozco, y porque no sé si es apropiado, no me animo a hacerle una pregunta que se me formula en la cabeza. En caso de que me conteste que no, no sabré cómo explicarle después por qué la he confundido. En caso de que me diga que sí, estaré contraviniendo lo que me parecen elementales normas de urbanidad, traer a esta reunión recuerdos desagradables.

No puedo evitar mirar a la mujer. Ella comienza a darse cuenta. La situación es incómoda. Sí, le haré la pregunta, pero ¿cómo se dice lo que tengo para preguntarle?

En medio de las voces me inclino hacia delante para hablarle sin que nadie se entere. Tengo la pregunta formulada en la cabeza, que deberá tener un preámbulo, una explicación para que, en caso de que su respuesta sea negativa, no piense que estoy delirando. Cuando voy a abrir la boca para darle la explicación que antecede a la pregunta me oigo decir:

“¿Vos sos la loca de los perros?”

Ella me mira y grita:

“¡Síííí!, yo soy la loca de los perros.”

Es el mismo tono de aquel grito que hace trece años salía de la sala de tortura, llegaba a los calabozos, nos partía la cabeza.

“¿Y cómo sabés que soy la loca de los perros?”

“Porque yo estaba en los calabozos de arriba.”

Con esta voz es imposible que mi pregunta, y su respuesta, que yo quería que pasasen inadvertidas, queden sólo entre nosotros dos.

Olga empieza a contar a los gritos lo que acaba de ocurrir. Cuando los militares la interrogaban, además de torturarla, la amenazaban con matarle los perros. Como buena presa, ella armaba el gran escándalo por lo menor, para que no le preguntaran lo mayor. Si bien no quería que le mataran los perros, tampoco quería que le preguntaran nada. Tenía la esperanza de frenarlos en ese estadio, de modo que se quedaran con la idea de que la posible muerte de los perros la desquiciaba, y que por tanto estaba loca.

Cada vez que llevaban a Olga a la sala de tortura oíamos que gritaba:

“¡Los perros no, los perros no!”

El oído había conservado aquel grito y aquella voz estridente con tanta exactitud que me permitió identificarla tantos años después.

21

El 1° de noviembre de 1986, de tarde, camino con Anna por el centro de Estocolmo, por la isla más hermosa de la capital sueca, que luego será mi barrio durante años, Södermalm.

Hay un cementerio muy antiguo, protestante, con bancos para sentarse a la sombra de los árboles en verano, con caminos por donde la gente va a su casa, con niños que pasan en bicicleta.

Esta noche el frío del otoño no es tan intenso como suele serlo aquí. Me han hablado de una costumbre del país. El 1° de noviembre la gente va a los cementerios y enciende una vela en las lápidas de sus familiares muertos, o de la gente que quiso. Es un acto de piedad, de civilización, de cultura.

Cuando llegamos a la reja del cementerio le digo a Anna que quiero entrar. Es un cementerio pequeño, poco más que una manzana, con una iglesia al costado.

Entramos como se entra a un parque. En las

sombras se ve arder las velas sobre la tierra, sobre las lápidas. Se ve la silueta de la gente moverse en silencio. Caminamos por el pequeño cementerio. Anna me habla sobre la costumbre de su país. Escucho a su lado, en silencio, con respeto, pero sé que también tengo algo de la curiosidad del turista. Tal vez porque allí no están mis muertos, puedo permitirme la distancia del curioso.

Me doy cuenta de que mis muertos, para mí, no están en ninguna parte. Enseguida se me pasa. Nunca he prestado mayor atención a este tipo de ceremonias.

Cuando llegamos al centro del cementerio me detengo ante una lápida. Alguien puso una vela y se fue. Arde solitaria. Me acerco un poco más. Anna está detrás de mí. De pronto, sin darme cuenta, sin querer, empiezo a llorar.

Lloro en silencio, y dejo que las lágrimas me corran por la cara. Trato de que Anna no se dé cuenta, y sigo dándole la espalda.

Empiezo a caminar hacia la salida. Anna me sigue, callada. Salimos del cementerio y camino y camino, sin hablar no sé cuántos minutos. Sé que Anna ha visto que estoy llorando. Cuando puedo me detengo a medias y le pido disculpas. Anna me pasa la mano por la cara, me seca las lágrimas.

Le explico que nunca creí que esto fuera a pasarme. Hace diez años que murió mi madre, casi ocho que murió mi padre. Nunca lloré, nunca sentí necesidad de hacerlo.

Entonces siento otra vez que me gustaría que hubiera un sitio, un lugar donde estuvieran los res-

tos de mis padres, a donde yo pudiera ir y decirles:
Disculpen la demora, me costó llegar, pero aquí es-
toy. Salí de la cárcel.

22

Abril de 1995. Hace seis meses que estoy en Montevideo. Decido ir a buscar a mis padres. No sé cómo se hace, no sé a quién recurrir.

Me presento en el Cementerio del Norte. Es casi imposible que logre lo que quiero. De todos modos le digo mi problema al funcionario que me atiende. Le doy los nombres de mis padres, las fechas en que murieron.

¿Será posible localizarlos?

No sabe, pero verá qué puede hacer.

Abre un inmenso libro donde se anotan a mano todos los entierros.

En pocos minutos los ha localizado a los dos.

Parece que he tenido suerte. Normalmente los restos no reclamados se llevan al crematorio. En el caso de mis padres se ha demorado. Todavía podemos encontrarlos.

Me pregunta si estoy en auto.

Le digo que sí.

Subimos al auto y vamos a un extremo del enorme cementerio. Entramos a un depósito donde hay cientos de urnas.

Pese a la afirmación del funcionario no tengo muchas esperanzas. Encontrar algo allí va a ser difícil.

Camino por un corredor entre las urnas apiladas. A los pocos metros veo una urna entre muchas con una placa de metal: *Veremundo Liscano, 13-XII-1978*.

En esa caja están los huesos de mi padre. En esa caja está mi padre. Me quedo clavado en el sitio. El funcionario llega hasta donde estoy.

¿Encontré algo?

Le señalo la urna.

Bueno, ya tenemos una.

Salimos a buscar la otra.

Vamos a un sitio que está tapiado. Los datos dicen que allí estarían los restos de mi madre. Hay que abrirlo. Aparece un sepulturero. El funcionario le explica de qué se trata, qué urna buscamos.

El sepulturero dice que tiene mucho trabajo. Pide un par de días para abrir el lugar.

¿Tengo inconveniente en volver otro día?

No, ninguno. Puedo volver cuando sea.

¿El viernes?

El viernes está bien.

23

El viernes vuelvo al cementerio. Busco al funcionario que me atendió. Subimos al auto. Vamos otra vez al sitio de hace un par de días. Cuando llegamos, el sepulturero nos ve y se acerca. Junto a una pared hay dos urnas. La que yo encontré, y otra que dice: *Ramona Fleitas, 31-V-1976*.

Me agacho y paso la mano sobre las urnas. Los dos hombres están en silencio.

Me quedo así, un instante, en cuclillas. No sé qué pienso.

"Perdón, estoy haciéndoles perder tiempo."

Que no me preocupe.

"¿Y ahora qué hay que hacer?"

Se las trasladará a otro sitio. Allí podrán permanecer veinte años.

No permiten que yo las cargue, lo hacen ellos. Las ponen en el asiento de atrás del auto. Le doy una propina al sepulturero.


Arrancamos, el funcionario a mi lado. En el

asiento de atrás los huesos de mis padres. Me repito eso: ahí atrás están mis padres. Siento que he llegado a alguna parte. Tarde, pero he llegado. Los tengo, están conmigo, estoy con ellos.

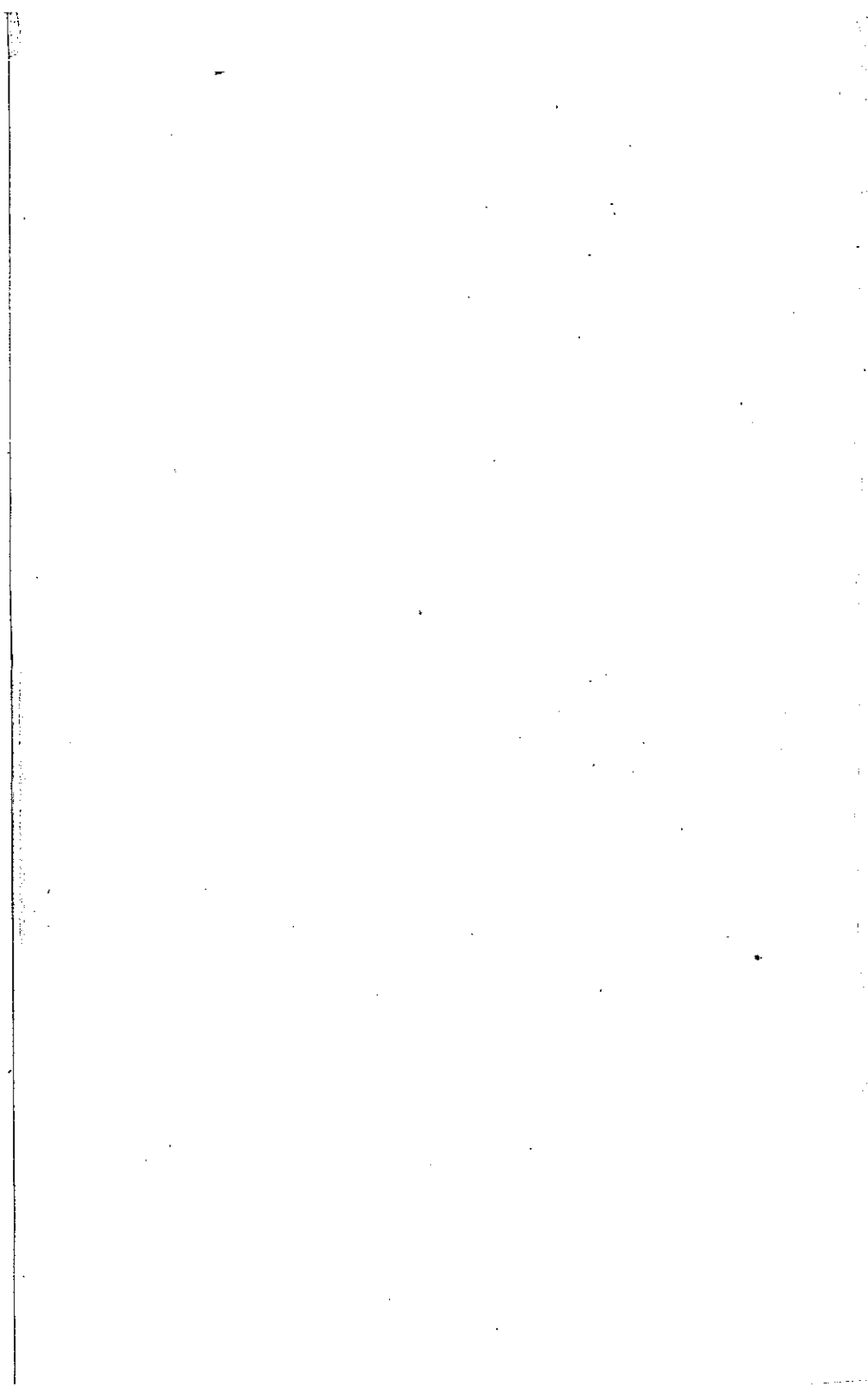
Luego los entrego a otro funcionario, que los pone juntos, uno al lado del otro, en otro urnario. Doy más propinas y subo al auto.

Salgo del cementerio y acelero. Corro y corro, kilómetros.

De pronto paro. Estoy vacío y lúcido a la vez. Aunque sepa que el escriba tiende a justificarlo todo, a intelectualizarlo todo, soy capaz de decir exactamente lo que siento en este momento. Acabo de cumplir, tarde, con un deber, el deber de enterrar a los muertos propios. Esa deuda tenía, con mis padres, y conmigo. Siento una gran paz. Si bien muchas veces he pensado que debía hacer esto, no sabía que hacerlo me daría paz. Cumplir con ellos. Quizá sólo cumplir conmigo. Creí que tenía muchas cosas para decirles y en realidad no tenía ninguna. Sólo me habría gustado verlos otra vez, mirarlos a la cara.



Uno y el cuerpo



1

Regreso muchos años hacia atrás.

Estoy en los calabozos de un cuartel del Ejército. Debajo de los calabozos está la sala de tortura. Somos siete presos, y excepcionalmente nueve o diez, cuando ponen a alguno de plantón en el corredor, que luego se llevan, y volvemos a ser siete. Siempre hombres, nunca una mujer. En otro sitio en este mismo cuartel hay un grupo de, se dice, unos sesenta o setenta presos. Allí están mezclados hombres y mujeres. Sabemos que también hay presos en todos los cuarteles del país, en Jefatura de Policía de Montevideo, y quizá hasta en las comisarías. También sabemos que algunos han muerto en la tortura. Es el 27 de mayo de 1972 y ya somos cientos. En los próximos años serán decenas de miles de torturados. Los torturadores serán ¿cuántos?

2

Todo el mundo se hace una idea sobre la tortura. Es claro que si uno sabe que puede ser detenido, en el momento de caer ya ha pensado en eso. Pero nadie podrá jamás hacerse una idea sobre los detalles. Los detalles tienen que ver con un conocimiento íntimo, relacionado con el cuerpo, no con el cuerpo humano en general, sino con el propio. La tortura se parece a una enfermedad: no duele a todos por igual, y sólo el que la ha padecido sabe qué se siente.

La tortura, ¿serán golpes, picana eléctrica, empalamiento?

En las últimas semanas, antes de llegar aquí, la represión en Montevideo estaba en el aire, se podía tocar. Ejército, Armada, Fuerza Aérea, patrullando día y noche, armados, amenazantes, temerosos. Calles cerradas, controles a toda hora. Ambiente tenso, violento, mucha violencia. Se lo puede leer en la prensa, escuchar en la radio. Entre abril y mayo

ha habido cerca de veinte muertos. Es imposible no pensar que en algún momento uno va a ser detenido, y torturado. Es imposible no pensar en cómo hacer para soportar la tortura.

No importa todo lo que uno sepa, lo que haya escuchado, lo que haya leído sobre la tortura. La experiencia en el tormento es diferente a todo lo que uno supuso, y es única para cada uno.

Lo mejor, había pensado antes de ser detenido, es hacerse reventar. Aguantar hasta no poder más, y entonces no podrán torturar un cuerpo inerte. Pero hay una ventaja a mi favor en la que no he pensado: tengo veintitrés años, soy sano, mi corazón funciona bien. Luego, en la tortura, voy a pensar que mi edad y mi buena salud son una desventaja. Si el corazón me fallara en medio de la tortura, me moriría, y allí se terminaría todo. Pero el corazón no me falla, funciona como el de un hombre joven, fuerte, que ha hecho deporte toda su vida.

En la tortura uno prefiere morir, acaba por pedirle al verdugo que lo mate. El verdugo responde:

“Eso es lo que quisieras, que te matemos. Pero no lo vamos a hacer”.

3

La muerte en la tortura no fue buscada por los torturadores, sino que no hicieron nada para evitarla. No hicieron nada de lo que podían haber hecho. Mataron a quienes quisieron, de un balazo, o lo tiraron al río, o lo tiraron desde una azotea. La forma no importa, los mataron porque decidieron matarlos. Pero la muerte en la tortura no fue planeada. Eso no les quita responsabilidad, ni disminuye su culpa. Siempre tuvieron a mano un cuerpo de médicos que les decía hasta dónde se podía llegar, cuándo había que parar y dejar descansar al detenido. Pero el torturador no consulta al médico antes de empezar su trabajo. Tampoco pregunta al detenido si tiene "contraindicada" la tortura. No está en la deontología del oficio. La muerte en la tortura no ocurre por casualidad, sino por brutalidad, y desidia, del torturador, de sus jefes, de los médicos. Los médicos militares no se forman en los cuarteles, se forman en la

Universidad. Uno podría preguntarse cómo la misma Universidad que forma a los médicos que mueren en la tortura, forma a los que ayudan a torturar.

4

La noche es caótica y ruidosa. La tortura comienza alrededor de las diez o las once, rara vez se tortura durante el día. Durante la noche se oyen los gritos de hombres, mujeres, el ladrido de los perros que los militares azuzan contra los torturados para amedrentarlos. Los oficiales también gritan, amenazan, insultan. Después de un tiempo en los calabozos uno puede dormir aun con los gritos desesperados de los torturados.

En la sala de tortura hay olor a humedad, a tabaco. Como lugar de trabajo es inhóspito e insalubre. Hay un tanque de doscientos litros, de metal, cortado por la mitad, con agua. El preso, o la presa, entra a la sala, conducido de malos modos, a los empujones, a los golpes. Todavía no empezó la tortura, se trata sólo de atemorizar. Es "el ablandamiento".

Hay un torturador malo y otro bueno. El bueno advierte al detenido que a él no le gusta tortu-

rar, pero que su compañero es un hombre muy duro, de pocas palabras, violento, capaz de lo peor.

Para demostrarlo, el malo se hace oír.

Si se lo dejan a él, el prisionero aprenderá enseguida cómo funcionan las cosas aquí.

Pero el bueno todavía no ha renunciado a aplicar su bondadoso método, y continúa.

A él no le gusta que se torture. Pero en caso de que el detenido no hable por las buenas, no tendrá más remedio que dejar hacer a su compañero, que tiene muy mal carácter.

Si el detenido quiere, todo puede arreglarse sin violencia. Basta con que conteste a lo que se le pregunta.

De todos modos, el preso tiene que saberlo, si no colabora ellos igual obtendrán la información, para eso está el malo.

Por tanto, es preferible, para el preso y para ellos, obviar la tortura, y el mal rato. ¿Verdad?

Así que es mejor empezar las cosas sin violencia.

Porque ellos, el preso debe saberlo, tienen todo el tiempo del mundo para sacarle información.

¿El preso está dispuesto a colaborar?

El preso está aturdido, pero la cabeza le funciona a gran velocidad. No puede aparentar ser duro, y tiene que inventar respuestas verosímiles a posibles preguntas. También puede ponerse a delirar conscientemente, allí, enseguida, en el primer momento. Y luego sostener el delirio, días, semanas, meses. Eso es difícil, y es peligroso.

El preso no elige el delirio. Elige otro camino, sinuoso, también peligroso, que no sabe a dónde

conduce, pero que cree poder recorrer, con resistencia, con astucia. ¿Con coraje?

El preso promete colaboración.

Bien, si es que quiere colaborar que empiece por contar todo lo que sabe.

Entonces llega la desinteligencia entre el torturador y el prisionero. Porque el prisionero dice que quiere colaborar pero que no sabe nada.

En realidad el preso y el oficial juegan al mismo juego. El preso quiere saber cuánto sabe sobre él el interrogador, y para eso espera la pregunta que lo oriente. Si la pregunta nada tiene que ver con él, se sentirá tranquilo. Si la pregunta tiene alguna relación con él, con su actividad, o él tiene información que puede ayudar al torturador, el preso intentará elaborar una respuesta que dé el mínimo de indicios. Tiene segundos para inventar algo convincente, verosímil, y que no entregue ninguna información que el torturador ya no tenga. Por tanto, es mejor esperar, seguir negando, de plano, todo, hasta que el torturador haga una pregunta concreta, y así poder elaborar una mentira concreta que parezca verdad.

El torturador insiste en que para ahorrar tiempo y disgustos para ambas partes el preso debe contar todo lo que sabe.

Ya se está llegando al final.

El diálogo, o como pueda llamarse eso, por fin acaba cuando el preso repite que no sabe nada.

El torturador bueno se enoja, o hace que se enoja, y deja lugar al malo. El malo le da unos golpes, un puñetazo, una patada. El preso no sabe si es el malo o el bueno el que pega, pero supone que son los dos.

Los torturadores, hay siempre cuatro o cinco, acercan al preso al borde del tacho con agua. Uno de ellos mete la mano y la remueve.

¿El prisionero oye el agua? Bueno, si no habla irá a parar allí.

Después de un rato, largo o corto, el torturador se aburre y trata de meter al preso en el tacho. No es tarea fácil. El preso se resiste. Entonces empieza el ablandamiento de los músculos del estómago. A fuerza de golpes el preso se dobla de dolor y entonces es zambullido de cabeza en el tacho.

Eso dura ¿cuánto? Imposible medirlo. Para el preso es la eternidad.

5

A causa de los golpes en el estómago, en el momento de ser metido en el tacho el preso ya no tiene aire en los pulmones. Está encapuchado, esposado en la espalda. Traga agua, siente que se ahoga. Ésa es la sensación, la de morir ahogado.

Cuando lo sacan del tacho, la capucha de tela está llena de agua. Entonces una mano cierra la capucha sobre el cuello, y el agua demora en salir. La sensación de ahogo continúa unos segundos más. El preso grita y grita. No son gritos normales de dolor, sino como de bestia, de animal desesperado. No le dan la boca y la nariz para conseguir aire. El sonido sale entrecortado, como una sucesión de explosiones. Es un bramido más que un grito. El cuerpo se mueve, salta. No hay aire en ninguna parte.

6

Son dos las luchas que libra el preso, y las dos desiguales. Una es con los torturadores, que son muchos, todo lo pueden, y el preso está indefenso. Ni siquiera cuenta con todo su cuerpo para defenderse, no tiene las manos, no ve, apenas respira. El tiempo, el cansancio, el dolor y el desgaste físico transcurren en su contra. En esta partida el preso no tiene nada para ganar y todo para perder. Con fortaleza física, y mental, y suerte, y rabia, y odio, tal vez esta noche pueda terminar en tablas. Pero, ¿y la próxima noche?

El torturador no las tiene todas consigo. Pese a que repita a los gritos "Nosotros tenemos todo el tiempo del mundo para sacarte la información", el prisionero sabe que eso no es verdad. A medida que el preso resiste, y pasa el tiempo, la información que tiene pierde actualidad, deja de ser útil. Quizá los datos que esta noche el preso puede dar, y que permitirían detener a otros, ya no sirvan al

amanecer. El torturador tiene prisa, ésa es su desventaja.

El torturador también se pone de mal humor, se cansa, suda, se ensucia, se hastía, comienza a beber, pierde el control, pega por pegar, sin profesionalismo. Es otra desventaja para él. Pasa las noches torturando, o en la calle, deteniendo gente, entrando a las patadas en casas donde hay familias, mujeres, niños. Tampoco puede atender su casa, su propia familia.

Muchos años después escucharé una historia, que no sé si es cierta. Un oficial de este mismo cuartel en que estoy, joven, recién casado, patrulla las calles de noche. Siente ganas de pasar por su casa, de ver a su mujer, que es joven, está sola, y a la que hace días no ve. La mujer no sabe que el marido pasará a visitarla a esa hora. El joven oficial ordena al chofer que se detenga frente a su casa. Se baja. Abre la puerta. Entra. La mujer está en la cama con un amante. El oficial saca la pistola y lo mata.

La otra lucha desigual que el preso sostiene es consigo mismo. Habla o no habla. En cualquier caso pierde, no hay tablas posible en esa partida. Si no habla, la tortura seguirá, el preso no sabe hasta cuándo, y el sufrimiento también. Si cree que aguantará a pie firme hasta el final y no lo consigue y se quiebra, puede ser desastroso, puede llevarlo a dar toda la información que tiene sin resistencia, sin obligar al torturador a arrancársela.

Si el torturado habla se enfrentará a su peor enemigo. Quedará solo ante sí mismo, semanas,

meses, años, sintiéndose una mierda, preguntándose por qué, diciéndose que debió y pudo haber aguantado más, un poco más, otra noche, otra sesión, otra metida de cabeza en el tacho.

7

Cuando está en el agua el preso hace una fuerza que normalmente no tiene, sacude las piernas, mueve el torso, se da la cabeza contra el borde del tacho. Los oficiales, dos, tienen que sostenerlo mientras está en el agua, para que no se lastime la cabeza, para que no se hunda del todo. Si se hunde del todo, un cuerpo pesado es difícil de sacar, y el torturado puede ahogarse. Se trata de segundos. Un instante de distracción y sacarán un cadáver del agua.

Cuando lo sacan el preso se mueve con desesperación, sin querer da golpes a quienes lo sostienen. Oficio duro el de torturador, exige fuerza, decisión, ¿olvido de sí mismo?

Yo mido más de un metro ochenta, peso casi ochenta kilos. Soy una masa de huesos y carne no fácil de manejar. Ni siquiera cuando el cuerpo ya no resiste más, cuando ya es carne muerta, resulta fácil mover tanto peso y tamaño.

Hay un teniente de baja estatura, poco más de un metro cincuenta, que se hará famoso como verdugo, dentro y fuera de Uruguay. Una noche, al sacarme del tacho, me dejan caer al suelo, y el teniente empieza a darme patadas. Me doy cuenta de que me pegan, y de que las muñecas esposadas a la espalda están sufriendo, pero no me duele. Lo mío en este momento es buscar aire, aire, todo el aire del mundo. Tienen que agarrar al teniente para que no siga pegándome.

No es normal que peguen en el suelo después de salir del tacho. El motivo, me entero luego, es que al pequeño teniente le han asignado, junto a otro, la tarea de meterme en el tacho. Yo soy demasiado alto y fuerte para él, y mientras pataleo cabeza abajo en el tacho le doy con un pie en la cara. Se enfurece. Cuando me sacan se desquita pateándome, encapuchado y esposado, en el suelo.

8

Es junio, es invierno, hace frío. Después de las sesiones de tortura, esposado a la espalda, el preso es puesto de plantón, cara a la pared, las piernas muy abiertas, en el calabozo, o en el corredor. Los tobillos se hinchan, se hinchan las piernas, la columna vertebral apenas puede sostener la vertical.

Las muñecas duelen por las esposas apretadas, se pierde sensibilidad, primero en el pulgar, luego en el resto de los dedos, en toda la mano. Las esposas están diseñadas para que se aprieten solas. Si el preso intenta aflojárselas obtendrá el resultado contrario, se le apretarán hasta hundírsele en la carne. Lo mejor es dejarlas como están. Pero en el forcejeo de la tortura las esposas se aprietan solas. Inútil pedir que las aflojen, nadie se preocupará, porque en realidad es mejor que estén apretadas. Eso duele de modo permanente, y así se integra al trabajo de ablandamiento.

Con el tiempo las esposas comienzan a hacer

una herida en la carne. La pérdida de sensibilidad en el dedo pulgar continúa mucho tiempo después de haber pasado la tortura, años.

Si el preso ha quedado demasiado débil, se lo tira en un colchón. Allí quedará, hasta que vengan a buscarlo otra vez. Porque aquí, el preso todavía no lo sabe, todo puede volver a comenzar en cualquier momento.

9

El agua del tacho está sucia y maloliente. El preso puede vomitar en el agua, dejar su saliva, pelos, la dentadura postiza. El trabajo de los torturadores no es un trabajo fácil. Hay que hacer mucha fuerza para meter a un individuo de cabeza en el tacho. Una vez dentro el preso mueve las piernas, hace esfuerzos desesperados por no ahogarse. Cuando lo sacan tiene el cuerpo mojado desde la cabeza hasta la ingle, el agua le chorrea por el pantalón hasta los pies. Los oficiales también se mojan. El ambiente en la sala de tortura es por momentos tumultuoso. Al bramido de los presos se suman los gritos de los torturadores. Hay olor a tabaco, a sudor, a alcohol, a orín, a desinfectante de excusado. Hay olor a miseria humana, que es un olor indefinible, pero que existe, inunda las salas de tortura del mundo. Aquí hay olor a dos tipos de miseria: la del

torturado, y la de los torturadores. No son iguales, los olores. Tampoco las miserias, pero afectan al mismo animal.

10

El cuerpo intenta adaptarse a cualquier situación. Nadie sabe cuándo va a ser llevado a la sala de tortura, y trata de prepararse para cuando le toque. Es necesario comer toda la comida que se reparte, descansar hasta cuando se está de plantón, dormir hasta mojado, encapuchado y esposado en la espalda. Quizá la peor sensación sea la de ser levantado violentamente cuando uno está durmiendo para ser metido dentro del tacho a los dos minutos. Uno no ha podido prepararse, no sabe qué le van a preguntar esta vez, si serán las mismas preguntas ya repetidas o los torturadores habrán obtenido nueva información para hacer nuevas preguntas.

A veces, cuando no tienen a quién interrogar ni saben qué preguntar, hacen "un repaso". El repaso consiste en volver a torturar a los mismos presos que ya han sido interrogados decenas de veces. Se les pregunta sobre cualquier cosa, "por si acaso".

Como no saben qué información pedir, preguntan al azar.

Después de algunas sesiones de tortura el preso puede diferenciar cuándo van sobre seguro, cuándo andan a tuestas, y cuándo es un "repaso" y no interrogatorio "de verdad". La tortura es más llevadera en los repasos. Los torturadores se aburren pronto, y buscan a otro, y luego a otro.

11

Cada preso está asignado a un "responsable", que es generalmente un capitán si el preso es "importante". Los tenientes y los alféreces tienen a su cargo presos de "menor importancia".

El responsable es dueño del preso. Quizá no de su vida, porque para matarlo intencionalmente debería pedir autorización, pero es dueño de todo lo demás. El preso es propiedad de su responsable. En mi caso, soy propiedad de un capitán, que fue quien me detuvo. "Mi" capitán tiene pretensiones de ser justo.

"Si me das la información que quiero, yo te trato bien."

De mí depende que el capitán pueda demostrar su sentido de lo justo.

No es original, todos dicen lo mismo.

Mi capitán tiene unos años más que yo, quizá treinta. Es un poco gordo, más bajo que yo, taciturno, de voz gruesa. Fuma todo el tiempo. A veces me da un cigarrillo.

La propiedad del responsable sobre su preso es absoluta. El preso dormirá las horas que el responsable decida, comerá si el responsable lo quiere, irá al baño cuantas veces el responsable quiera, estará esposado a la espalda o delante según decida el responsable, tendrá una manta si el responsable lo ordena. Él es "su" dueño, pero ambos se pertenecen. El preso es propiedad exclusiva, el responsable puede ser dueño de varios presos a la vez.

Como el responsable dirige la tortura de su detenido, aprende a conocerlo profundamente. Lo ve en las peores condiciones, que es cuando se conoce lo más hondo del ser humano. Lo ve sufrir, lo oye gritar, siente su inútil resistencia de animal acorralado. Cuando el preso pide que lo dejen respirar, que no le peguen, pide para ir al baño, miente, inventa, se humilla, el responsable está allí. Cuando el preso siente frío, hambre, sed, gime bajo la capucha, el responsable está allí. Cuando el preso es carne dolorida, orinada, maloliente, un pingajo empapado sobre un colchón mugriento, el responsable está allí. Al responsable nada del detenido le es ajeno.

12

No sé si este conocimiento, porque esto es conocimiento, auténtico, profundo, como entrar en lo más hondo del ser con una lucecita en la mano, hace mejor al responsable. No sé si conocerme de este modo hace mejor al mío. No creo, en todo caso, que lo deje indiferente.

Cuando lo encuentre, ya en la cárcel, años después, y él quiera conversar conmigo y me ofrezca una silla, y yo me niegue a aceptarla y permanezca de pie, y él me tutee y yo lo trate de usted, y me pregunte por mi salud, por mi familia, si duermo bien, si como bien, si recibo correspondencia, me dará la impresión de que ha reflexionado.

Quizá sean sólo mis deseos de que a mi responsable mi cuerpo deshecho, y el de tantos otros, le hayan servido para algo. Es un deseo anacrónico y estúpido, y ni siquiera hay tiempo verbal para expresarlo, y que podría formularse así:

Ojalá que a mi responsable el sufrimiento que me causa le provoque la milésima parte de las re-

flexiones que me provoca a mí saber que hay seres humanos como él. Que cuando revienta de cáncer, como va a reventar, y yo sé que reventó, años después, cuando yo ya sea un individuo libre que sigue buscando la libertad, mi responsable pueda aprovechar para ingresar en su muerte todas y cada una de las muertes que ahora me hace morir ahogado en el tacho. No es venganza, no es ironía, no es broma. Se lo deseo, que no muera sin haberse conocido hasta el fin. Que así haya sido.

13

Un buen responsable cuida a su preso. No permite que otros lo torturen, o que el soldado de guardia le pegue por propia iniciativa, sin ningún motivo. Un buen responsable es un poco paternal con su preso: nunca lo tortura más allá de lo necesario. Es celoso: no permite que otros de igual o menor graduación se metan con su preso.

A veces, en la madrugada, el responsable se hace un momento para ir al calabozo a conversar con su preso sobre asuntos que no tienen directamente que ver con información para la represión. Le pregunta por su familia, quiénes son, cuántos son, qué hacen. También le hace conocer al preso sus sentimientos, sus preocupaciones sociales y políticas. Puede hablarle de sus orígenes, decirle que él también es parte del pueblo. Hasta puede hacerle saber que no está totalmente de acuerdo con la forma en que se dirigen los interrogatorios, pero que él no es quien manda. Por lo que, el preso debe en-

tender, desde cierto punto de vista, los dos son víctimas de equivocadas decisiones superiores.

Después de estas confesiones, ¿el preso necesita algo en especial? ¿Nada? Bueno, entonces el responsable se va, tiene otras cosas que hacer. Quizá hay algún hombre o una mujer, de plantón, en otro sitio del cuartel, esperando a que él lo interrogué, y deseándole que se quiebre una pierna, que lo maten de un balazo en el estómago, que estalle el cuartel y todos revienten, responsable, oficiales, soldados, perros, y así poder salvarse, salir corriendo, a su casa, a manos queridas, a la libertad.

14

La existencia del responsable da un orden a las cosas, al cuartel, y también al preso. El responsable es la referencia del preso, mezcla de padre autoritario y castigador, señor de sus esclavos, pequeño dios que administra el dolor, la comida, el agua, el aire, el abrigo, la higiene, las idas al baño. El responsable es una persona necesaria en este mundo de dolor.

Nadie niega la importancia del responsable. Sin embargo, hay gente que piensa de otro modo, con otra lógica. Dicho breve: hay gente que piensa que el responsable no lo es todo ni puede cubrir todos los sectores de la vida de su prisionero.

Después de un tiempo en el cuartel el detenido y su responsable han desarrollado una relación que hace que el responsable tenga cierta condescendencia con su preso. Quizá no sea condescendencia sino que el responsable ya no ve con objetividad al preso. Cree que conoce todo de su detenido, cuan-

do en realidad el preso puede estar ocultándole una parte importante de su vida, de sus actividades. Por eso la gente que piensa, que tiene lógica, decide, por una noche, cambiar las normas. Los presos que se sospecha pueden tener información importante dejarán por unas horas de depender de su responsable y serán interrogados por otro.

Se torturará durante poco tiempo, fuerte, sin contemplaciones, a unos diez presos. Eso, a media hora por preso, lleva toda la noche. Es imposible que un solo grupo de torturadores aguante cinco horas de tortura. Un preso sí puede aguantarlo, el torturador no. Por eso harán turnos. Aunque estén todos en la sala, cada uno dirigirá el interrogatorio de un detenido que no es suyo.

15

En las "sesiones especiales" siempre surge alguna información nueva. Quizá no nueva, pero que sí permite vincular datos que ya los torturadores tienen pero que hasta ahora no han logrado entender, vincular, sacar conclusiones. Es difícil saber quién es quién cuando todos los detenidos tienen seudónimo, a veces más de uno. Aunque sea para eso sirven estas sesiones especiales, aunque sea para aclarar el problema de los seudónimos.

Esta noche de la verdad, donde la "afectividad" entre el detenido y su responsable es puesta a prueba, no hace más que confirmar la peculiaridad de la relación entre ambos. Si la sesión especial no da ningún resultado, el responsable confirma que puede confiar en su detenido: Si, en cambio, bajo tortura breve e intensa el detenido da información que su jefe no conocía, la relación se deteriora. El responsable se siente traicionado. Pero esto confirma que él siente que hay algo especial entre ambos, al-

go que se rompe cuando descubre que su preso le ha mentado. Y se irrita, le reprocha a su detenido que no le haya dado la información a él. Que lo haya dejado mal delante de sus jefes y compañeros.

Durante unos días el responsable muestra a su detenido que ha hecho algo imperdonable. Ya no aparece de madrugada por el calabozo a intercambiar un par de frases, no le da un cigarrillo. En síntesis: no lo atiende como antes.

Pero como el responsable es paternal, y por tanto comprensivo, en el correr de los próximos días mostrará a su detenido que lo perdona. Pero que no se vuelva a repetir, que le dé toda la información que tiene, de lo contrario no volverá a confiar más en él.

En los calabozos hay un baño. Conseguir orinar es un objetivo permanente. Los soldados que cuidan a los presos tienen su ritmo, quizá órdenes, no llevan al preso al baño cuando lo pide. Se toman su tiempo. Aunque no hacen nada más que estar sentados, no atienden al pedido del preso. Por ese motivo el preso comienza a pedir para ir al baño mucho antes de estar desesperado. De ese modo quizá consiga que lo dejen orinar cuando ya no soporta más. Tampoco hay que insistir demasiado. Eso puede ser contraproducente. El soldado se molesta, y decide castigar al pedigüeno, no lo llevará al baño durante muchas horas.

Si se insiste demasiado, se corre el riesgo de que cuando lo releven informe al soldado que entra:

“A éste no lo llesves al baño. Está de vivo.”

Quizá todo se deba a que el soldado está bajo

una gran presión, hace muchas horas de guardia, duerme poco, no tiene permiso para ir a su casa, por cualquier falta leve o descuido puede recibir una sanción muy dura. Prefiere no tomar ninguna iniciativa, quedarse quieto. Para llevar un preso al baño, que está a tres metros, tiene que sacarle las esposas de atrás y ponérselas adelante, y luego volver a cambiarlas. Eso irrita al soldado, y quizá incluye para él cierto peligro. Resultado: no lo lleva al baño. El preso espera, y al final, queriendo o sin querer, se orina encima. En el frío del invierno la orina que corre por la pierna y moja el pantalón genera un instante de placer. El calor de la orina, aunque uno sepa que dejará olor, y que va a irritar la piel, alivia el frío y la vejiga por un instante.

Cagar es un objetivo superior. Hay que hacerlo encapuchado, y por tanto uno no ve el agujero en el piso. Hay que cambiar las esposas para adelante. Luego el soldado tiene que quitarle las esposas cuando el preso termina y necesita limpiarse. Después volver a ponérselas atrás. Son muchas operaciones.

Aunque no tiene ninguna importancia porque la capucha no permite ver, el preso sabe que el baño no tiene puerta, y que el soldado está allí, apoyado en el marco, mirándolo, o conversando con otro soldado. Con los años el preso se acostumbrará a hacerlo en público, en cualquier sitio, hasta en una plaza llena de gente. Pero todavía conserva los antiguos hábitos, y necesita intimidad.

Como son tantas las dificultades, los presos

prefieren no cagar. Luego vienen las diarreas, o el estreñimiento. Este último caso es el mío: paso cuatro semanas, cinco, seis, sin poder hacerlo.

El torturado se sostiene porque el cuerpo tiene una capacidad de resistencia infinita. Si el cuerpo no resiste, se muere. Fin de la tortura.

Pero antes, mucho más fuerte y necesario que la capacidad del cuerpo para el dolor, hay algo que hace que el torturado se sostenga. No es la ideología, ni siquiera son ideas, ni es igual ni lo mismo para todos. El torturado se agarra de algo que está más allá de lo racional, de lo formulable. Lo sostiene la dignidad. Quizá ni siquiera sea la dignidad del militante político, sino otra, anterior, muy primitiva, hecha de valores simples, aprendidos no sabe cuándo, quizá en la mesa de la cocina de su casa cuando niño, en el trabajo, en los bancos de clase. No es una dignidad abstracta sino muy específica. Es la dignidad de saber que algún día tendrá que mirar a la cara a sus hijos, a su pareja, a sus compañeros, a sus padres. Ni siquiera a tantos: le basta con querer, algún día, sentirse digno ante una

única persona. Para esos ojos resiste, para esa mirada futura se hunde en su propia miseria y se reincorpora, grita, miente, quiere morir para calmar el dolor, y quiere vivir para un día recordar que aun en el tormento sostuvo la dignidad que le enseñaron, recordar que nunca confió en el torturador, que lo odió, que sintió que era capaz de matarlo con las manos, bañarse en su sangre, destrozarlo hasta que no quedara ni el polvo de sus huesos.

Porque el odio, el puro odio, también sostiene, ayuda a pasar la noche, otra noche, a aguantar las sucesivas muertes en el tacho, los gritos de los compañeros.

Después de vivir quince años en libertad todavía, cada vez menos, alguna noche vuelve la pesadilla. Estoy en mi casa y vienen a detenerme. Sé que están allí, en la puerta, y van a entrar. Entonces salto de la cama, y me pongo a buscar un arma. Los odio, los odio hasta el fin. Nunca, nunca jamás volverán a llevarme preso, no volveré a la capucha, a las sesiones de tacho, al asco por mi propio cuerpo. No quiero matarlos, pero haré que me maten.

Y busco, y busco, y no encuentro. No tengo armas, vivo entre libros, entre papeles. Y me desespero. No quiero escaparme, no podría hacerlo, son muchos, están ahí, la casa rodeada. Si no encuentro el arma no podré hacer que me maten, me llevarán.

Y me despierto, y me da miedo. No miedo de ellos sino de mí, de mis sentimientos, de este odio, tan viejo, tan profundo, que todavía vive en algún sitio dentro de mí. Y me quedo pensando: ¿Éste soy yo? ¿Yo soy así, soy capaz de hacerlo? Y se lo

pregunto a mi cuerpo, si es él que no ha podido olvidar.

Y amanece y sé que no los odio, que no les deseo la muerte, que sólo siento desprecio por ellos. Pero dentro de unos meses, de un año, otra vez volverá el miedo, y en el sueño otra vez decidiré, sin pensarlo, sin nunca haberlo pensado en la vigilia, que es preferible morir antes que volver a sentir asco por el cuerpo propio, animal sucio, orinado, carne envilecida a fuerza de garrote.

18

No nos bañamos, no nos afeitamos. El cuerpo huele. No es que uno le preste mucha atención al olor. Tiene otras cosas de qué ocuparse: que lo torturen lo menos posible, no dar ninguna información a los torturadores, comer, descansar, dormir. Pero a veces, durante el día, cuando no hay tortura, se siente el olor a sudor, a baba pegada a la barba y a la capucha, pelos propios y ajenos que quedan dentro de la capucha cuando lo meten en el tacho, olor a orín, mal aliento por llevar semanas sin lavarse los dientes. El asco por el cuerpo propio varía de individuo a individuo. Algunos soportan más que otros sus propios olores. En todo caso uno acaba acostumbrándose. O no se acostumbra, pero sabe que no puede prestarle atención al olor del cuerpo.

El preso tiene otros problemas más importantes, o uno sólo: la tortura. Y la tortura significa tratar de no hablar, de olvidarse de todo lo que sabe. Pero no es buena técnica pensar que se podrá olvidar. Porque en el momento menos pensado, en el tormento, la memoria vuelve. Entonces no se trata de olvidar sino de guardar la información en el lugar más escondido del cerebro, y cerrarlo a cualquier intrusión, hasta la del propio dolor, que obliga a abrir el sitio donde está lo que el torturador quiere saber.

Pero, por si el dolor logra abrir el sitio de la información, es mejor organizar las respuestas a posibles preguntas. Si me preguntan esto digo tal cosa. A fulano no lo conozco. Y a fulana la conozco desde que éramos niños, no tengo ninguna relación política con ella, sólo amistad.

En eso se le van las horas al preso. Aunque de a ratos no puede evitar que el pensamiento corra por

caminos que la conciencia no se propone: recuerdos gratos, los familiares de los que no se tiene noticia. Y una constante: si lograra fugarme, ¿a dónde voy que no me encuentren? Entonces viene el delirio. La mente vaga al azar, conversa, oye voces. Cuando se da cuenta de que delira, el preso trata de concentrarse en lo único que le importa: la tortura que vendrá, las palabras que deberá tragarse.

20

El cuerpo está sometido a la asfixia en el tacho de agua, a los golpes y a la mugre propia. Son sensaciones absolutamente nuevas para el cuerpo. Muchos años después, enfermo, sin poder mover ni los brazos, llegaré a la conclusión de que el dolor físico es una puerta de acceso al autoconocimiento. Cuando esté enfermo comprobaré que hay aspectos de mí que no conozco, y que se parecen a lo que se siente en la tortura: el llegar al límite donde uno es capaz de dar cualquier cosa a cambio de aliviar el dolor, el sentir que nada hay más cerca de uno, más importante, más querible que el propio cuerpo.

El dolor físico puede ser provocado por la tortura o la enfermedad. Lo primero que uno quiere es que el dolor desaparezca, todo lo demás es secundario. El enfermo no puede hacer otra cosa que esperar los resultados del tratamiento médico. Pero para el torturado el alivio depende de sí mismo. Le basta con hablar para que dejen de torturarlo.

Entonces comienza la lucha: si habla para evitar el dolor, deberá cargar con su conciencia, que le repite que ha entregado a sus compañeros. Entonces, hasta donde puede, opta por el dolor, y sabe que está obligando a su cuerpo a sufrir, y a resistir, para mantenerse digno ante sí mismo.

Pero el dolor, ¿cuándo terminará?

Depende de los torturadores, ellos decidirán el momento en que a ese preso o a esa presa no se lo interrogará más. Pero el dolor depende también del preso: le bastaría darles la información que piden para que cese el dolor. Pero entonces vuelve la conciencia: este dolor pasa, se va a pasar en algún momento. Le pide un poco más al cuerpo, otro poco, otra noche. Porque al cuerpo el dolor se le aliviará algún día. El otro dolor quedará para siempre, habrá que vivir con él.

21

La mugre es otra puerta al autoconocimiento. Los malos olores, el orín en la ropa, la baba y los restos de comida pegados a la barba, el pelo duro después de semanas de no ser lavado, la piel que comienza a caerse por falta de sol y de higiene, provocan asco. Nadie soportaría a su lado a un individuo en esas condiciones. Pero uno tiene que soportarse a sí mismo. Este cuerpo sucio, maloliente, dolorido por los golpes, por la falta de descanso, con sueño, que no puede mover un pie sin pedir autorización, induce al asco. Uno puede decir, como imagen fuerte, "Esto da asco". Es distinto sentir: "Ahora doy asco".

Pero uno no puede pedirle al cuerpo que resista al dolor y a la vez decirle que da asco. Entonces siente pena por ese animal. Da asco pero uno quiere quererlo, porque es todo lo que tiene, porque de su resistencia depende la dignidad, alguna dignidad. Porque lo que el torturador quiere es que el

prisionero sienta asco por sí mismo. Que esté tan indefenso que crea que no vale nada, y entonces cerrar la boca, mentir, resistirse, carecerá de sentido. Si uno no vale nada, si uno se da asco, ¿qué puede defender en el tormento? Ni los futuros recuerdos.

No encuentro la forma de explicar hasta qué punto el asco por el cuerpo propio hace que uno se vea de modo diferente, y que ese conocimiento es para toda la vida. Es una dimensión que, me parece, la vida normal no da, o no da las oportunidades de entrever ese aspecto primitivo y esencial, que hace que uno reconozca en sí al animal. Al animal que es, que siempre ha sido, que en cualquier momento puede volver a ser, porque así lo elige, o porque lo obligan.

Muchos años después veré, y pensaré, mi cuerpo como un animal amigo. Eso debo agradecerle al asco que sentí alguna vez por él, cuando me di cuenta de que no lo soportaba, pero que era todo lo que tenía, y que debía seguir queriéndolo, cuidándolo, protegiéndolo. Querer al animal que uno es, para seguir siendo humano.

22

Hay otro conocimiento del ser humano en esas condiciones. Están los oficiales, que son quienes torturan, se emborrachan, gritan, sudan, se ensucian metiendo y sacando a los presos del tacho. Uno se pregunta, cuando vuelven a sus casas, ¿qué les cuentan a sus mujeres, sus novias, sus hijos, sus padres, sus amigos? El torturador es igual que uno, habla el mismo idioma, pertenece a la misma sociedad, tiene los mismos valores y prejuicios que uno, ¿de dónde sale, dónde se forma un individuo así?

También está el soldado, que cumple órdenes, unas u otras, lo mismo le da. El soldado no es responsable, son sus superiores quienes lo obligan a transformarse en verdugo. Pero de pronto uno descubre que el soldado hace cosas que no le han sido ordenadas. El preso, encapuchado, debe ser conducido en todo momento. Entonces, por jugar, el soldado hace que el preso se lleve una pared por de-

lante. Como el preso ni siquiera puede tantear porque tiene las manos esposadas en la espalda, el golpe es en la frente, o en la cara. El golpe no es grave, pero la sorpresa desagradable hace que duela mucho más de lo que debería.

El soldado dice:

“Ah, perdón”.

Y uno sabe que lo hace para que otro soldado, que está allí, lo vea. Se ríen juntos.

Entonces uno se pregunta por qué el soldado hace esto que nadie le ordenó, que ni siquiera es tortura para buscar información, sino maldad a secas, sin motivo, sin objetivo. El soldado, que no sabe quién es ni cómo se llama el preso que conduce, que ni siquiera sabe si no está preso por error y dentro de una semana estará en libertad, lo hace golpear, o lo golpea, por mera diversión. Como uno ha aprendido, y tiene la convicción, y más de una vez la ha defendido, de que todos los seres humanos son iguales, uno se pregunta cómo puede ese ser humano, el soldado, hacer que un individuo totalmente indefenso se dé la cabeza contra la pared.

Son nuevos conocimientos: el asco que da el cuerpo propio, el oficial que tortura y afirma su pretensión de ser justo, el soldado que se divierte haciendo que el preso se golpee la cabeza contra la pared. También eso es el ser humano.

23

No quiero hacerme el inocente, el que no entiende ni nunca entendió la violencia. Una vez pertenecí a ese mundo. Fui uno más entre los miles de jóvenes latinoamericanos que creyeron que el hambre, la miseria, la explotación, las muertes evitables de recién nacidos, sólo se podían erradicar con otra violencia. Ya no lo creo así, pero eso no me da derecho a desentenderme del pasado, por lo menos del mío, del que soy responsable único.

En este momento, cuando no puedo hacer otra cosa que intentar salvarme de la tortura lo más dignamente que pueda, no estoy en condiciones de pensar tan lejos.

Pero treinta años después mi actitud no consistirá en mirar para el costado, en hacerme el puro, el que nunca tuvo nada que ver con la violencia. No cerraré los ojos para negar la vieja violencia, en la que yo participé, ni para no ver la nueva. Seguiré creyendo que hay momentos en que se tiene dere-

cho a resistir, a rebelarse con violencia contra la violencia, contra la miseria y la falta de libertad.

Pese a que alguna vez tendré dudas, nunca dejaré de creer en el ser humano, en su aspecto luminoso, capaz de indescritibles actos de solidaridad y sacrificio. Pero también sabré que el ser humano es un animal capaz de cometer el mal absoluto, de vejar a otro por diversión, de hacerlo morir en el tormento. Antes de caer preso no sabía que este descenso al abismo, esta degradación infinita, era posible. Aterra mirarse en ese espejo. Eso habré aprendido en estos calabozos.

24

También tengo tiempo para irme en los recuerdos. Lo que viví, los momentos gratos con mis padres, mi hermana, los amigos. No me doy cuenta de que soy poco más que un muchacho, que no he vivido tanto como creía. Esa reflexión me ocurrirá dentro de algunos años. Lo que siento ahora es que mis recuerdos son pocos, que siempre vuelvo a los mismos, no sólo porque sean gratos, sino porque no tengo otros. Que quizá, pese a los pocos años, ahora podría tener otros recuerdos, pero que no aproveché todo lo que era posible lo vivido hasta hoy.

El pensamiento vuela, me hago planes, planes hermosos. Si mañana estuviera libre volvería a casa, dedicaría tiempo a mostrarles a los míos lo mucho que los quiero. Quisiera hacer lo que pude haber hecho y no hice, terminar lo que comencé y dejé por el camino, reparar lo mal hecho. Quisiera tener libros, leer, aprender. Sé todo lo que se puede

aprender, y sé que no sé nada. Me gustaría que pasara ya este momento para empezar otra vez, estudiar, conocer. Sobre todo empezar a escribir. Pero para escribir hay que leer mucho. Hasta hace unas semanas pensaba que un día tendría tiempo para leer, y luego me pondría a escribir. ¿Escribir sobre qué? No sé, no se me ocurre. Es menos que un proyecto, una ilusión.

Quizá sería suficiente con mucho menos. Alcanzaría con poder caminar por la calle. Si pudiera hacerlo miraría de otro modo el paisaje, la gente, los lugares. No pasaría corriendo, sin atender. Me fijaría en los detalles. Pese a que conozco bastante bien la ciudad, sé que hay sitios en los que nunca he estado, y ahora siento curiosidad por conocerlos.

Esta situación, la tortura, es algo pasajero. Luego volveré a la normalidad. ¿Cuál es "mi" normalidad? No lo sé, no me lo pregunto, no puedo preguntármelo. Pero no se me ocurre pensar que la tortura y la cárcel serán para siempre, que algún día acabaré escribiendo sobre esto, sobre esta miseria. Que mi vida será inimaginable para mí sin esto que estoy viviendo, sin los trece años que viviré. Y que acabaré diciéndome, y no una vez sino muchas, con una convicción primitiva que va mucho más allá de la literatura, del más o menos hábil oficio de enhebrar palabras, que si hubiera sido posible otra vida para mí yo no la elegiría.

Podría, también, viajar, conocer otros países, otra gente, retomar los cursos de idioma. Entonces ya estoy en el delirio, el viaje a ninguna parte, tirado en el colchón. Y me doy cuenta de que deliro,

pero no quiero dejar de hacerlo. No quiero volver al calabozo, a este cuartel, al dolor de saber que mi familia ha de estar sufriendo por mí, de que tengo veintitrés años, que soy ignorante, que seguiré siendo ignorante, una pobre bestia que no trabaja, no estudia, no se desarrolla. Intento seguir fantaseando, irme, volar, no ser yo aunque sea por un rato, creer que todo es suave, agradable, que estoy en mi casa, en una casa, sentado en medio de libros, estudiando, escribiendo.

Cuando tienen algún rato libre, los oficiales se dedican a fundamentar y defender su actividad.

Ellos no son profesionales de la tortura, son individuos como cualquiera, padres, hijos, hermanos.

No desconocen que hay miseria, injusticias. Ya lo arreglarán ellos en su momento.

La culpa de todo la tienen los políticos de este país, todos mentirosos, ladrones, corruptos.

Ellos y nosotros somos víctimas del sistema que han creado los políticos.

La tortura es la única arma que tienen para obtener información.

En todas las guerras hubo tortura, etcétera.

Después, en otros momentos, alguna noche, los torturadores muestran un aspecto curioso: envidian a los presos. Porque íntimamente el torturador sabe que nunca, jamás, lo que hace podrá tener alguna dignidad, algún valor humano, cultural, moral, ético. Podrá obtener la información que

busca, ¿y qué? Podrá conseguir que todos los hombres y mujeres de este país le teman, en la calle, en las fábricas, en la Universidad. Hasta de noche, cuando trancan la puerta de la casa y se acuestan, tendrán miedo del torturador, ¿y qué? ¿El torturador se sentirá orgulloso de ello? Nunca, nunca jamás, aunque pasen mil años, se animará a contarles a sus hijos con orgullo:

“Había un hombre, o una mujer, que tenía información, y no quería dármela. Estaba encapuchado, esposado a la espalda. Se resistía. Pero lo llevé hasta el límite, lo aplasté, lo reventé. Le hice sentir que era una basura. Le hice conocer la muerte bajo el agua, una vez, muchas veces, y al final me dio la información”.

26

El torturador, en esos ratos, esas noches, con algo de alcohol, habla, y muestra otro aspecto de su envidia, de lo poco que vale ante sus propios ojos. Le envidia al preso sus ideas, sus relaciones, su compromiso político. Le envidia los conocimientos, la cultura, los libros que ha leído. Le envidia la mujer, que también está presa, o clandestina.

No son sólo la envidia y el resentimiento los impulsos que mueven al torturador. Son las órdenes, el respeto a la jerarquía, su formación, el Estado, los intereses económicos de otros. Pero también allí, en la envidia y el resentimiento, en el deseo de, ya que no puede alcanzarlo, por lo menos hacerle sentir al torturado que no vale nada, el torturador encuentra motivos para envilecer a su víctima. No lo dice, pero el torturado se da cuenta, lo siente en su carne.

Por la noche se oye a los soldados comentar sobre las mujeres que están detenidas en el mismo

cuartel, en otro sitio. Si son bonitas, si están buenas, que las han visto semidesnudas en el baño, o en la tortura, las piernas, las tetas. Es una variante de la envidia de los oficiales, más basta, más sucia. Pero lo mismo podrían decir los oficiales de las mujeres detenidas. Aunque no se animan, a veces se les escapa, hacen un comentario. Alguno incluso trata de estar a solas con una presa, decirle que es hermosa, confesarle que le gusta, que le gustaría acostarse con ella, que si accede no dejará que la maltraten más, o le conseguirá un traslado a un sitio mejor.

Los oficiales, en todo caso, ante los presos "importantes", prefieren hacer ver que tienen ideas políticas propias, que todos son futuros estadistas, torturadores pero honestos, brutales pero cultos, groseros pero educados.

La idea de la muerte como solución a la situación insoportable es permanente. Se me ocurre una salida: como lamentablemente no me voy a morir del corazón durante la tortura, ni me dejarán ahogar en el tacho, puedo tratar de fugarme y hacerme matar. He estado pensándolo desde hace días. Ahora me decido. Eso haré.

En la próxima sesión me dejo meter en el tacho un par de veces. Tengo que hacer ver que me sacan información por la tortura y no porque yo me haya dispuesto a colaborar.

Cuando me sacan del tacho les ofrezco entregarles un contacto. Les digo el sitio, una calle muy transitada, y la hora.

¿Quién es, cómo se llama mi contacto?

Les digo que el contacto está establecido, pero que no sé quién va a ir. En todo caso, es alguien que yo conozco.

¿Qué aspecto tiene?

Es que acabo de decirles que no sé, pero sí sé que conozco al compañero o la compañera que va a ir al contacto.

No me parece un cuento muy elaborado, pero es todo lo que puedo, lo que me da la cabeza.

No les digo que si me llevan yo lo señalaré y ellos podrán detenerlo porque pueden sospechar que voy a intentar fugarme. Tienen que ser ellos quienes lo sugieran. Y aún así yo deberé ofrecer cierta resistencia.

Dejan de torturarme, que en principio es un adelanto con respecto a la situación anterior. Pero sé que si se dan cuenta de que no tengo ningún contacto en esa calle ese día, el resultado será desastroso para mí.

Me llevan al calabozo.

Al poco rato sube el capitán, mi responsable. Está un poco enojado, o se hace el enojado, porque no le di esa información antes.

Una cosa, ¿estoy seguro de que ese contacto existe, que no los haré ir allí inútilmente?

Sí, existe, claro que existe.

Que yo preste mucha atención. Él confía en mí, como yo bien debería saberlo. Pero si no es cierto va a perder toda la confianza que yo me he ganado.

Que no, que es verdad, lo juro.

Y entonces viene la pregunta que yo quería:

¿Estoy dispuesto a llevarlos al contacto e identificar al compañero o compañera que se presente?

Silencio. Dudo un instante.

“Entonces no es verdad”, dice mi responsable.

Era el momento que yo esperaba. Titubeando le digo que estoy dispuesto a ir.

Mi capitán se va.

Ahora vendrá lo peor. Tengo que prepararme para ir a esa calle y encontrar la libertad de movimientos suficiente como para salir corriendo, y que tiren, y me maten.

Hasta me entra la ilusión de que comienzo a correr y corro y corro y no me alcanzan. Ya tengo pensado a donde voy a ir: a casa de una amiga, una mujer mayor, madre de un amigo. He tratado de olvidar todos los números de teléfono, pero el de esa mujer me lo he grabado en la cabeza. Podré olvidarme de todo, menos de ese teléfono. Pero por si lo olvidara me he hecho una forma de reconstruirlo. Son seis dígitos, el primero, el tercero y el quinto son potencias de dos. El segundo, el cuarto y el sexto es el mismo número, nueve.

Pasan las horas, pasan los días y no me llevan al contacto. No podré hacerme matar.

La memoria del oído es asombrosa. En los meses del invierno de 1972 pasan centenas de presos por el cuartel, y todos son torturados. Han detenido a una mujer que, aparentemente con poco compromiso, es torturada sólo cuando a los oficiales les queda tiempo libre. Alguna noche de tranquilidad, en el silencio comienzan a oírse los gritos de esta mujer. Tiene una voz poderosa, y los gritos retumban en la sala de tortura, suben la escalera, atraviesan las paredes, revientan los tímpanos de los presos. Una o dos noches por semana traen a esa mujer y la torturan.

Como entre el preso y su torturador se desarrolla una relación de dependencia, y de conocimiento mutuo, y hasta de confianza, el preso que ya lleva un par de meses en los calabozos puede permitirse hacer comentarios fuera de lo que lo vincula a su torturador: la información que el otro quiere obtener, y uno no quiere dar.

Esa mujer que grita como yo no creía que se pudiera gritar, y que parece no tener mucha información para dar, hace que dos o tres presos, entre ellos yo, alguna vez digamos a nuestros respectivos responsables por qué no la sueltan, que es evidente que no tiene nada para decirles, que quizá está enferma de la cabeza.

El responsable me dice que no, que no es así. Que él sabe que tiene información para dar y que se hace la loca.

Días después el grito de la mujer desaparece. Pueden haberla liberado, o trasladado, o se les puede haber muerto en la tortura. Nunca la he visto, no sé cómo se llama, no sé cuántos años tiene. Pero, sin que yo lo sepa, el sonido de su grito me quedará en la cabeza creo que para siempre. La llamamos "la loca de los perros", y muchos años después, sentados frente a frente en una cena en Estocolmo, la reconoceré sólo por la voz.

Es probable que el torturador se haga un concepto del ser humano al que sólo él puede acceder. Infligir dolor tiene que ser una experiencia única. Ver a un hombre, o a una mujer, que en el momento de ser detenido lleva una vida normal, convertido en piltrafa dolorida, carne humillada que grita, que suplica, que se arrastra, tiene que dar una visión del ser humano que la vida en sociedad no permite.

Es absolutamente imposible que en el momento de la tortura, o después, aunque sea años después, el torturador no reflexione sobre sus experiencias. No que se condene: puede justificar ante sí mismo lo que ha hecho, puede incluso estar convencido de que si fuera necesario volvería a repetirlo. Lo que no puede es dejar de reflexionar.

Quizá en el momento en que hay que tomar resoluciones, planear las detenciones, planear el tormento, el torturador no se haga preguntas, no sien-

ta la necesidad de responder por qué y para qué. Pero alguna vez deberá pensarse hasta el final, llegar allí donde no hay excusas ideológicas, ni políticas, ni profesionales, ni nada. Solo, mano a mano con su conciencia, el torturador, algún día, ¿qué respuesta se dará?

Cada torturador, creo, desarrolla sus habilidades, tiene sus técnicas. Aprende a usar instrumentos comunes, agua, electricidad, garrote, y lo aprende como se aprende a usar toda herramienta, sobre la materia, que para él es el cuerpo de los torturados.

Mi responsable se ha especializado en el tacho. Creo que no me golpea. No estoy seguro, pero sé que nunca lo ha hecho de modo que yo pueda identificarlo. Quizá durante las sesiones no puede evitar pegarme, darme un puñetazo, una patada. Pero en esos casos yo no logro identificar quién hace qué. Estoy seguro de que lo suyo es el tacho. Es más, meses y años después me enteraré de que cada centro de detención se especializa en algún método de tortura.

Aquí donde estoy no hay picana eléctrica, domina el tacho. Alguna vez, para amedrentar, algún oficial dice que traerá la picana, y que entonces voy a ver lo que es bueno. Que el tacho no es nada com-

parado con la picana. Pero nunca aparece la picana, lo que no sé si es mejor o peor.

Pero ahora a alguien se le ocurre complementar el tacho con otro instrumento. Quizá se deba a que el tacho es laborioso, hay que hacer fuerza, se moja el piso de la sala, se mojan los oficiales.

Una noche la tortura no empieza en hora. Los oficiales están abajo, se los oye, pero no hay tortura. Hay que esperar para saber en qué están. Es difícil dormirse así, con esta sensación de espera.

De pronto se abre la puerta de la sala de tortura, se oyen voces, alguien anuncia:

“Yo lo bajo”.

Dos o tres corren escaleras arriba. Entran a mi calabozo. Me levantan, me dan contra la pared, gritan, me cambian las esposas a la espalda, empiezan a empujarme por el corredor, me meten en el hueco de la escalera, tropiezo, me levantan.

Es un preámbulo, todavía no ha ocurrido nada. Empujones, gritos, golpes suaves son soportables. Pero no hay que mostrar que a uno no le importa, que no le duele. Hay que hacerles ver que se tiene miedo, que ya no se soporta más. De lo contrario el ablandamiento continuará, y uno prefiere llegar con fuerzas a lo que de verdad importa, a la tortura en serio.

31

Una vez abajo se me anuncia que ahora voy a aprender lo que es bueno.

Mi capitán está presente, lo oigo, pero no dirige la operación.

No hay preguntas, sólo gritos, anuncios, amenazas.

Me ordenan que levante un pie, el derecho.

Lo pongo sobre algo que parece un travesaño de una escalera de mano.

Que levante la otra pierna.

Como no veo, no entiendo qué quieren. Soy torpe, estoy por caerme. Ellos me ayudan.

Que levante la otra pierna, como si fuera a montar a caballo.

Alguien ríe:

“Así no se monta a caballo, hay que empezar por el pie izquierdo”.

No sólo yo soy torpe, ellos tampoco saben có-

mo hacer para indicarme lo que quieren que haga. Por fin se aburren y me levantan en peso.

Me sientan y siento un palo filoso entre las piernas, en los testículos, en el coxis. Inmediatamente muevo el cuerpo hacia un lado. Sobre la nalga duele menos.

Entonces gritan que me ponga el travesaño exactamente en el medio:

“¡En el culo, en el culo!”

Me muevo y obedezco, pero el cuerpo se me va hacia el otro lado. Alguien me da con un palo en el muslo derecho. Eso me duele. Me incorporo y me pongo con el culo sobre el travesaño. Cuando me dejo ir hacia el otro lado, me dan con un palo en el muslo izquierdo, en la tibia. Hago un esfuerzo y dejo que el travesaño se me hunda en el centro. Me quedo quieto.

Sin querer, los pies buscan los travesaños de abajo. Los encuentran, se afirman y levantan el cuerpo.

Dos garrotes a la vez me dan en los pies, en los tobillos. Debo quedar apoyado sólo en el travesaño del medio, que tengo entre las piernas.

Esto se llama caballete. No lo conocía. Ellos lo están estrenando conmigo, y aprendiendo a usarlo.

El cuerpo no queda apoyado en el coxis, se tambalea. Me sostienen para que no me caiga. Como las manos están a la espalda, me sostengo del travesaño que tengo entre las piernas, me elevo un poquito, afloja el dolor.

Empiezan a mover el caballete, como si fuera un caballito de madera, hacia atrás y hacia delante. Esto duele. Grito.

Se ríen de la novedad. Y gritan: que hable, que hable, que diga lo que tengo para decir.

Respondo con más gritos.

No quiero hablar. Me he dado cuenta de que no saben usar el caballete, que están probando, y quiero hacerles ver que es insoportable, que duele tanto que ni siquiera podría hablar aunque quisiera.

Grito más.

Este grito es normal, no es el bramido como cuando se sale del tacho. Grito porque me duele, pero también porque quiero aturdirlos, para que no me pregunten nada.

Dejan de mover el caballete. Sigo gritando. Esto duele aunque el caballete esté quieto.

Anuncian que ahí me quedaré toda la noche, hasta que me decida a hablar.

No sé cuánto tiempo pasa, diez minutos, un cuarto de hora. Hay silencio. Parece que estuviera solo, pero sé que hay alguien mirando. Para probarlo me inclino hacia un lado y me saco el travesaño del culo.

Enseguida oigo una voz que ordena que vuelva a mi sitio.

Lo hago, pero me dejo caer del otro lado. Llega el grito y un golpe con palo en el muslo.

Entonces me concentro en tratar de que no me duela. Dejo que el travesaño se me hunda todo lo que mi cuerpo puede. Sé que me duele, que me va a doler mucho después, pero ahora la zona queda como anestesiada. El mucho dolor anestesia, y ya no se siente nada. Pero igual tengo que hacer ver que me duele, que el caballete es peor que el tacho, y no lo es, y a la vez mostrarles que, pese a

tanto dolor, no tengo nada para decirles. Por tanto, si no tengo nada para decir en el caballete, menos tendré para decir en el tacho.

No sé cuánto tiempo ha pasado, una hora, dos. Entra gente a la sala. Alguien pregunta:

“¿Y?”

No oigo la respuesta. Supongo que los oficiales han dejado a uno o dos soldados de guardia y se han ido a descansar, y a esperar los resultados del nuevo instrumento.

Me imagino que el soldado se encoge de hombros y dice “No, nada” con la cabeza.

Se oye la voz del jefe del cuartel.

Es un teniente coronel que a veces habla y da órdenes y hace discursos a los presos y tiene crisis nerviosas en medio de las sesiones de tortura.

Según me dijo un oficial hace unos días, el jefe del cuartel no puede soportar lo que ocurre aquí, en su casa, lo que hacen sus subordinados, y toma tranquilizantes para poder soportarlo.

Ahora hay un intercambio de opiniones.

Logro entender que alguien propuso el caballete, que vio usar en otro sitio, donde daba buenos resultados. Pero la gente de este cuartel tiene su especialidad, el tacho, y no cree en este instrumento nuevo, o no sabe usarlo.

Oigo tres argumentos en contra del caballete. Uno dice:

“Esto no sirve para nada. Hay que dejarlo ahí toda la noche, a esperar que se le ocurra decir algo”.

Otro complementa:

“Esto no les hace nada, pueden aguantar semanas sentados ahí”.

Hay otra voz, práctica, que anuncia que el caballete se está rompiendo, que habrá que repararlo a cada rato.

Entonces habla el jefe máximo, el teniente coronel:

“Que se lo lleven”.

Me sacan del caballete. Ahora siento un dolor inmenso, apenas puedo caminar. Me ayudan a subir la escalera.

Mi capitán ordena, cuando ya estoy arriba, que me pongan las esposas adelante.

Eso quiere o querría decir que él no estaba demasiado convencido de las bondades del caballete. O que no le parecía bien que lo estrenaran conmigo. En cualquier caso, con las esposas adelante la vida mejora de modo increíble.

Llego al calabozo, me empujan hacia el colchón. Me tiendo a tuestas y me doblo hacia adentro. Me meto las manos entre las piernas, me agarro los testículos, me busco el ano, quiero llegar al coxis, quiero calor, calor allí, calor para

que se me cierren los huesos que han quedado abiertos.

Durante semanas me duele, camino con las piernas abiertas. Nunca más aparece el caballete.

Han traído el rancho, estoy sentado en el colchón, con la capucha apenas levantada, comiendo. Entra mi responsable. Dejo el plato en el suelo y me pongo de pie.

El colchón y una manta es todo lo que tengo, y un balde con agua en un rincón. Mi responsable me pregunta qué hace ese balde allí. Le digo que es para higienizarme. No me pregunta cómo conseguí este lujo. Nadie tiene un balde con agua en la celda. Mi capitán es condescendiente conmigo, no ordena que me lo retiren, aunque sabe que esto no es normal.

Me dice que pasó por la puerta de la casa de mis padres para ver dónde viven, cómo viven. No le creo que haya sido sólo por curiosidad, ni me importa si los vio o no. Aunque me va a mentir, le pregunto si sabe cómo está mi familia.

Que están bien, y que no puede decirme más.

Aprovecha para preguntarme sobre hechos que

no sabe si yo conozco, pero que él necesita saber porque le han encomendado la investigación.

Sabe que no se lo voy a decir aunque lo sepa, por lo menos no así, gratis, sin tortura.

No está interrogándome, sólo hace un comentario sobre el trabajo que le han asignado, como si fuéramos amigos, compañeros de trabajo, vecinos.

De paso insinúa, y me advierte, que si yo sé lo que me pregunta y no se lo digo, él se va a ofender, y no tendrá más remedio que quitarme su confianza.

En realidad conozco exactamente lo que me pregunta. Me gustaría saber cuánto sabe él de lo que investiga, pero no me da más información.

Me preocupa mucho mi balde. Conseguirlo me costó un gran esfuerzo. Una noche, después de una sesión de tacho, un soldado se apiadó de mi estado. Me dejó orinar, me dio un cigarrillo. Yo aproveché para pedirle agua en un balde que había en el baño, para higienizarme. No le preocupó mucho dármele, pese a que yo estaba empapado y debió darse cuenta de que lo que menos necesitaba era agua.

34

Varias noches después la tortura transcurre con gran violencia. Se oyen los bramidos de los torturados, los gritos de los oficiales. Los soldados en el corredor están tensos, no hablan, no escuchan la radio. Yo estoy en el colchón, pero no duermo.

Viene un instante de silencio y se oye una voz en la escalera que dice mi seudónimo.

“Que lo bajen.”

Me incorporo de un salto antes de que me levanten a los golpes. Los soldados abren la puerta y me llevan hacia abajo, esposado adelante.

Entro y siento que la sala de tortura está llena. Se hace silencio, va hablar el jefe del cuartel, el teniente coronel de los discursos grandilocuentes, las crisis nerviosas y los tranquilizantes.

Hay algo que no sé cómo definir en el ambiente. Lo llamaría solemne, aunque no es la palabra.

El teniente coronel no sabe por dónde empezar. Tartajea. Se me acerca, siento el calor de su cuerpo

junto al mío. No puede evitar el discurso, pequeño esta vez.

Dice algo así como que ellos han ido siempre de frente conmigo. Han sido duros, pero honestos, rectos. En cambio, yo soy un mentiroso hijo de puta. Que les he estado mintiendo todo el tiempo. Que a partir de ahora se acabó. Será terrible para mí, ya lo veré.

No sé qué es lo que sabe, pero me imagino lo peor. Aunque también puede ser una tontería. Después de semanas de interrogatorios uno ha aprendido que todo puede ocurrir, lo que para ellos es importante a mí no me importa nada, y a veces a la inversa.

El teniente coronel termina su discurso, tartajeando. Que soy una basura porque les he tomado el pelo, mientras ellos actuaban como hombres de palabra.

Yo, no sé si con justicia, sin haberlo visto nunca, de sólo oírlo, en estas semanas me he hecho la idea de que el teniente coronel es un imbécil. Y también, mal de males en este reino del garrote, me he hecho la idea de que además de imbécil es cobarde. Así se quedará, para siempre, donde viva, si es que vive, el jefe del cuartel, discurseador, imbécil y cobardón.

A mí no me hacen nada los insultos del teniente coronel ni de nadie. Quiero ir rápido al centro de la cosa, enterarme de qué es lo nuevo que saben sobre mí.

Siento que estoy en medio de un círculo de oficiales, o de un semicírculo. Siento el calor de los cuerpos, el olor a sudor y a tabaco que sale de ellos.

Todavía no he oído a mi capitán, que es mi referencia para todo, pero supongo que está allí porque su voz y sus gritos se escuchaban cuando yo estaba arriba. Confirmo que está allí porque me habla.

Está al lado mío.

Que me saque los zapatos.

Ahora sé qué es lo que han averiguado. No tiene arreglo, ya lo saben, pero igual trataré de que no se den cuenta.

35

Me agacho y empiezo por el pie izquierdo.

Mi capitán me aclara que me quite las medias también.

Me saco el zapato y la media del pie izquierdo. Luego sigo por el derecho.

Cuando termino me quedo en cuclillas, ocultando lo que no quiero que vean.

Me ordenan que me incorpore. Luego que me dé vuelta.

Alguien dice que no ve nada raro. Entonces varios se agachan a mi alrededor.

Uno me dice que levante los pies.

Obedezco, primero el pie izquierdo, luego el derecho.

“Ahí está.”

Y siento la bota que me aplasta el pie derecho. Comienzan a pegarme, a pisarme, salto, me caigo, me dan en el suelo.

“Ahí está” quiere decir que me han visto las heridas.

Hace siete meses me dieron un balazo en cada pie. Igual logré escapar. Fui atendido en un hospital clandestino. Primero se me infectó el pie izquierdo, luego el derecho, y más adelante el derecho otra vez. Me operaron cuatro veces, la última pocas semanas antes de caer. Cuando me detuvieron todavía tenía las dos heridas del pie derecho abiertas, la de entrada y la de salida. No se dieron cuenta de que rengueo porque me esfuerzo para que no se note, para que no me pregunten. Tampoco me costó mucho ocultarlo: nunca me han visto caminar de modo normal, siempre encapuchado, esposado, llevado a los empujones.

Como no me veían caminar normalmente, dejé de preocuparme por la renguera, pero sí traté de hacer algo para no volver a infectarme. Comencé por robar un jabón que encontré en el baño. Luego conseguí el balde de agua con el soldado. Todas las noches, sobre las cinco o seis de la mañana, cuando todos estaban cansados y nadie controlaba los calabozos, me levantaba y me lavaba el pie, apretaba las heridas para que supuraran.

Ahora han encontrado el hospital donde estuve internado, tienen el bastón que yo usé, hecho con un palo de escoba.

Ni siquiera necesito reconocer que fui herido, que todavía estoy herido, ellos lo ven.

Yo estoy herido, y mi capitán ofendido.

Me suben y, cosa rara, no hay represalias. Me siento en el colchón y me pongo a masajearme los pies. Tengo los dedos casi reventados de los botazos. Pero enseguida encuentro una ventaja en esto: ahora, que no tengo que ocultar que estoy herido, puedo pedir atención médica.

Al otro día sube mi capitán a verme. Está notoriamente ofendido conmigo, porque no le dije que estaba herido.

Habla y habla.

No digo una palabra.

Si yo le hubiera informado en el momento de la detención, él me habría hecho atender por un médico.

¿Estoy bien de las heridas?

Más o menos.

Noto que no le interesa mi respuesta.

Está curioso por saber cómo me las he arre-

glado en estas semanas para que no se me infectara el pie.

Ya no me importa que lo sepa y señalo hacia el balde.

Silencio.

Enseguida me viene miedo de que me lo quite. Tal vez mejor no le hubiera dicho nada.

Ah, era para eso. Patea el balde.

El jabón lo tengo escondido, envuelto en un plástico, debajo del colchón.

Se va. Vuelve. Parece que quiere decirme algo y no sabe cómo. O quizá no, quizá está impresionado por las heridas, porque yo preferí no decir nada y aguantarme solo. No sé. No puedo leerle la cara porque no lo veo. Cuando hablamos miro por debajo de la capucha, le veo las botas. En todo caso prefiero no averiguar qué es lo que le pasa. Yo también quiero decirle algo, la idea que se me ocurrió anoche. Antes tengo que averiguar si está sólo ofendido, o si también está enojado. Estoy concentrado en eso. No sé en qué situación estoy para él. Porque es una jugada. Ni siquiera una jugada, una jugadita, pero que me importa. Si se lo digo, es para conseguir lo que quiero, no para que me lo niegue.

Ahora sí se va.

Me animo cuando ya está en el corredor y lo llamo.

Vuelve.

¿Qué pasa?

“¿Podrías hacerme ver por el médico?”

Silencio. Piensa.

Que hará lo posible.

Pasan los días y nunca aparece el médico.

Yo sigo lavándome el pie. Aunque no quiero que me vean, ya no es tan grave si alguien me descubre haciéndolo.

Hace muchas semanas que preguntan por Francisco. Los siete que estamos en los calabozos sabemos quién es Francisco. Francisco es un seudónimo, no sé si alguien aquí sabe cómo se llama en realidad. Es probable que sí, yo no lo sé. Tampoco sé dónde está en este momento, ni tengo forma de localizarlo. Eso me da cierta tranquilidad: nunca, a través de mí, lograrán encontrarlo.

Esta noche es extraña. No hay tortura. Uno se ha acostumbrado a controlar el tiempo. No sabe la hora, pero tiene idea de que ya deberían haber comenzado a torturar. Quizá empiecen dentro de un rato, hay que estar preparado. Pasa el tiempo y la tortura no comienza. Esto es preocupante. Cuando empieza se oyen los gritos de los torturados, más los gritos de los oficiales. Ésa es la situación normal. Pese a los gritos, si están torturando y uno está sobre el colchón, acaba por dormirse. En cambio el silencio es un presagio, algo diferente se está

preparando, y eso no es bueno. Lo diferente nunca puede ser bueno acá.

El silencio continúa durante toda la noche. Apenas alguna tos y las voces de los soldados de guardia que escuchan radio llenan el lugar. Eso puede significar que han salido a un gran procedimiento, y se han llevado mucho personal. Puede significar muchísimas otras cosas, que la cabeza se encarga de inventar, para hacer algo, encontrar una respuesta. Al final acabo durmiéndome.

Sobre la madrugada, mi responsable entra al calabozo. Me hace levantar y me conduce por la escalera hasta la planta baja, encapuchado. Todo es muy tranquilo. Yo siento, mientras bajo, que está estacionando un vehículo. Por la suavidad con que el capitán me trata, y por el ruido del motor, supongo que van a trasladarme. Pero hay algo extraño: tengo las esposas adelante y no me las cambia a la espalda. No hay traslado con esposas adelante, ni siquiera dentro del cuartel. ¿Van a sacarme para matarme? Es una posibilidad. No sé si ya ha ocurrido, si se han llevado a alguien y lo han matado por ahí, pero muchas veces lo he pensado, que alguna noche nos sacarán y nos matarán en alguna zanja.

Me doy cuenta de que la idea no me asusta. No es coraje, es insensibilidad. Tengo veintitrés años, a mis padres les dolerá perder a este hijo. Hay muchas cosas que quisiera hablar con ellos, esas que uno descubre en el pasaje de la adolescencia a la edad adulta y nunca encuentra tiempo para decir a los padres. Está mi hermana, que es una niña, que tiene mucho para aprender. Con ella me gus-

taría hablar mucho, acompañarla mientras se hace adulta. Moriré sin verlos, ellos sufrirán por mí. Eso es lo único que me entristece.

38

Cuando llegamos al final de la escalera el capitán me hace caminar los dos metros que nos separan de la puerta y entonces el vehículo que está atracando se detiene definitivamente. Por el ruido del motor me doy cuenta de que no es un camión, es un vehículo pequeño.

Siento que alguien abre la puerta de atrás del vehículo y eso me confirma que es una camioneta. El capitán me obliga a avanzar y me doy la tibia contra el paragolpe. Entiendo que me quiere hacer subir y levanto el pie y bajo la cabeza para no golpearme. En ese momento el capitán me levanta la capucha y me doy cuenta de que no quiere que suba, sino que mire, y vea.

A cuarenta centímetros tengo la cara de Francisco, sentado en el piso de la camioneta, muy pálido, los ojos azulverdosos entreabiertos, una mancha sobre la espalda y los brazos.

No quiero que el capitán se dé cuenta de que sé

quién es el que está allí. Lo miro a los ojos tratando de adivinar algo, y de decirle que no lo conozco, que no sólo no sé quién es él sino que tampoco sé quién es Francisco.

Francisco me mira. No habla, no parpadea, no cierra los ojos. No me da la señal que yo espero. Pienso que lo han deshecho en la tortura, que está que no puede más. Todo esto ocurre en segundos.

El capitán me pregunta si sé quién es ese hombre. Yo pienso que si Francisco no les ha dicho quién es, y que si ha aguantado hasta este extremo, yo no tengo derecho a reconocer sin tortura que él es el que tanto buscan desde hace semanas. Siento que, aunque igual consigan saberlo, debo dejarme torturar antes que reconocer que él es Francisco.

En esos segundos, con la mitad del cuerpo metido en la camioneta, la cabeza debe imaginar todo y encontrar una respuesta. Junto un poco de coraje y le digo al capitán que no sé quién es.

En ese momento el soldado que está en el asiento de adelante se mueve y toca con el codo la espalda de Francisco. Entonces el cuerpo se desliza hacia un costado y veo que tiene sangre en el cuello, que le viene de la nuca. Acabo de entender que la palidez de Francisco es la de la muerte.

“No importa, nosotros sabemos quién es. Y vos también sabés. Es Francisco.”

El capitán se enoja. Mete la mano en la capucha por detrás, me la aprieta contra la cara y el cuello, me hace subir la escalera corriendo. No puedo respirar, tropiezo, caigo. Mi capitán me levanta desde la capucha. Es como si me estuviera ahorcando, me asfixio. Cuando llegamos al primer piso me ti-

ra al suelo y le dice a los soldados que me pongan de plantón:

“Ni agua ni baño ni nada para éste. Hasta nueva orden. ¿Entendido?”

“Sí, mi capitán.”

Después, en el calabozo, y hasta hoy, casi treinta años después, me quedaré pensando en qué momento le dije al capitán que no sabía quién era el hombre que tenía delante. No sé si le contesté antes o después de saber que estaba muerto. Me gustaría haberle contestado antes de ver que lo habían matado. Antes, no después. Si le contesté antes, cuando yo pensaba que todavía vivía, habría sido una forma de decirle:

“Francisco, no te entrego. Por lo menos te prometo que no te entregaré gratis. Será en la tortura, pase lo que pase será en la tortura”.

Pero no sé en qué momento contesté. Nunca lo sabré.

40

Una mañana nos despiertan antes de hora y nos dan el desayuno. Enseguida nos ajustan la capucha y nos tiran en el piso de un camión del Ejército y salimos del cuartel. Vemos que van varios vehículos militares detrás. Es probable que también vayan algunos delante.

Pese a que los militares creen que no sé dónde estoy, cuando me detuvieron, desde el piso de la camioneta, fui capaz de seguir mentalmente las calles por donde me llevaban y sé en qué cuartel estamos. Ahora, encapuchado en el piso del camión, la cabeza sigue la ruta. En algún momento me pierdo y ya no sé por dónde vamos. Al rato el camión descende una cuesta muy empinada. Cuando se detiene y nos hacen bajar, estamos en el sótano de Jefatura de Policía. Yo ya estuve aquí, cuando me detuvieron por primera vez, hace dos años.

No sabemos a qué nos han traído. El oficial a cargo distribuye su personal. Nos quitan las capu-

chas y avanzamos por corredores como laberintos. Un oficial delante, otro detrás, a los costados los soldados, armados, tensos. Tratan de evitar que los policías de civil nos peguen. Hacen bien. De cada oficina, de cada puerta, aparecen policías que nos insultan, que quieren pegarnos, que dicen que hay que matarnos.

Llegamos a un sitio en el que nunca había estado. Es la sala de los espejos. Una sala muy larga, de un lado la pared es un espejo. Se hace pasear a los presos por allí, y del otro lado están ¿quiénes? Policías, probablemente colaboradores de la policía, informantes, choferes de taxis, mozos de bares, dueños de quioscos, de hoteles, de pensiones. Recordarán estas caras por si alguna vez estamos otra vez en la calle. Podrán reconocernos e informar. Lo hace la policía en todo el mundo.

Comienza el desfile. Se hace caminar a uno de los presos y el capitán que ha dirigido el traslado del cuartel hasta aquí informa en voz alta, orgulloso, a quienes están del otro lado del espejo:

Fulano de tal, edad, estatura, se lo acusa de, etcétera.

Cuando me toca a mí el oficial, además de los datos comunes, anuncia:

“Este individuo es rengo. Quedó así a causa de un balazo en el pie”.

Ahora me doy cuenta de que estoy rengo. Como hace meses que no camino, no sabía que no podía moverme sin dificultad. Yo siento que no “soy rengo” sino que esto se me va a ir. Con el correr de los meses comprobaré que no, que no puedo mover tres dedos del pie derecho, y eso hace que ca-

mine con dificultad. Dedicaré muchas horas durante dos años a ejercitarme para poder caminar derecho. No se me nota, pero nunca podré evitar, hasta hoy, cuando hace frío, la renguera por la mañana, al levantarme.

Durante horas nos hacen desfilar frente a los espejos. De pronto se hace una pausa. Nos meten en un lugar oscuro, maloliente, un corredor que no da a ninguna parte, o que fue clausurado. Los soldados que nos protegen se distienden, se alejan unos metros para fumar, para ir al baño. Entonces los policías, cuatro, cinco, se meten en el corredor y empiezan a pegarnos. Caemos al piso. Hay tumulto, está oscuro, se oyen los quejidos de los presos, los insultos de los policías. Los soldados se dan cuenta y vienen a sacar a los policías. La cosa se repite a lo largo del día, en cada pausa. Aunque los soldados están atentos, de pronto pasa un policía de civil, se mete en el corredor y pega al que encuentra a mano.

Los oficiales del Ejército se han ido a comer. Necesito orinar. Pido a los soldados. Estoy esposado a la espalda. Buscan la llave de las esposas. Se la llevaron los oficiales. Ni soñar con que el sargento que quedó a cargo se anime a ir a pedirles la lla-

ve. Cuando estoy a punto de orinarme encima, hago un esfuerzo y aguanto un poco más.

Un soldado se me acerca y me dice que si yo quiero él está dispuesto a ayudarme.

Le contesto que sí.

Caminamos unos metros. Tengo un poco de temor, quizá quiera entregarme a los policías de civil, para que me peguen a gusto. Pero no aguanto más, voy a orinarme encima. Me arriesgo.

El soldado me lleva a un baño. Entramos. Es una situación incómoda para mí, también para él. No sé qué decirle, cómo comportarme. Él tampoco.

Entonces él se decide. Deja el arma contra la pared, se inclina ante mí, me abre la bragueta, me saca el pene.

Orino, con placer, y vergüenza, por mí, por el soldado. Cuando termino estoy en una situación peor que antes, con la bragueta abierta, el pene a la vista, las manos en la espalda. Miro al soldado. Se ríe, nervioso como un niño. También me río, también nervioso como un niño. Se inclina, me guarda el pene, me cierra la bragueta. Nos miramos. Me conmueve lo que acaba de hacer. Quiero decírselo. No encuentro palabras.

"Gracias."

"De nada."

Quisiera decirle algo más. No encuentro qué. Me devuelve a mi sitio.

Es octubre de 1972. Hace casi cinco meses que estoy detenido. Un día me llevan al juzgado militar en una base naval. No está el juez, hay un funcionario anónimo, gordo, simpático. Tiene el presuario hecho en el cuartel. Me pregunta cosas accesorias. No le importa lo que le digo. Me hace firmar un papel.

A lo largo de diez años iré una vez por año al juzgado militar, a veces dos. Nunca me va a interesar nada lo que dicen, lo que firmo. Siempre firmo, excepto una vez, en que me comunican la condena. Pediré para hablar con mi abogado. Es un coronel, abogado de oficio, a quien nunca he visto.

Me dirán que mi abogado llamó para anunciar que no podía venir.

“Entonces no firmo.”

Un coronel dirá que no le importa. Firmarán ellos, es suficiente.

Me ponen las esposas en la espalda, me llevan

hasta una puerta, y me empujan con mucha fuerza. Cuando voy a darme la cabeza violentamente contra la pared, dos presos que están sentados, esposados a la espalda, se incorporan y ponen el cuerpo delante para que no me golpee. Caeré encima de ellos con todo mi peso, y los golpearé. Ternura de presos, evitar que el otro se parta la cabeza.

En los sucesivos viajes al juzgado voy a conocer, casi todos lo conocemos, a un señor, rubio, joven, abogado o estudiante de abogacía, no militar, o quizá asimilado, pero no militar desde el origen. Es uno de los "civiles" de esta dictadura cívico-militar. Simpático, tiene una lapicera fuente con la que hace firmar a los presos. La lapicera sólo funciona con un determinado ángulo de la pluma sobre el papel. El rubiecito siempre dice lo mismo:

"Póngala así, por favor. Porque tiene un *yeito*".

Así, en portuñol, "tiene un *yeito*".

Cuando escribo esto han pasado veintiocho años desde aquella primera vez que fui al juzgado. Inexplicablemente todavía siento por aquel angelito rubio, bien peinado, bien vestido, bienoliente y amable, el mismo desprecio que sentí entonces. No siento odio, ni por él ni por los torturadores: siento desprecio.

En los primeros días del cuartel llevaba la cuenta de la fecha. En algún momento la perdí. Ahora, en mi primer viaje al juzgado, en el momento de firmar me entero de que es 24 de octubre. Hoy es el cumpleaños de mis padres, los dos el mismo día. Mi madre cumple cuarenta y dos años, mi padre cuarenta y ocho.

Ahora, después de haber pasado por el juzgado, tengo la esperanza de que no vuelvan a torturarme. Uno cree que después de pasar por el juzgado ya tiene derechos, los derechos de los encausados.

A los pocos días me trasladan a una celda del sexto piso de Jefatura de Policía. Hay un camastro, no hay colchón, la ventana está tapiada. La celda es tan pequeña que no se puede ni caminar ni estar de pie, sólo se puede estar sentado o acostado en el camastro. No importa, esto parece un hotel de lujo comparado con el calabozo del cuartel.

Poco a poco empiezo a hacerme una idea del lugar. Hay cientos de presos en Jefatura, el cuarto piso está destinado a las mujeres, algunas embarazadas, muy jóvenes. Al tercer piso le dicen "La pelada", porque no tiene luz, ni agua. En compensación, se dice, tienen las celdas abiertas, pueden moverse por todo el piso.

Empiezo a organizarme, a establecer contacto con otros presos. A los dos días siento que alguien dice mi nombre junto a la reja de acceso al piso. Se abre la puerta de la celda.

Que salga.

Me llevan a una oficina. Hay un capitán del Ejército. Alto, con cara de ofendido. Me espasa en la espalda y me tira en una silla. Comienza a preguntarme cualquier cosa, ninguna tiene que ver conmigo.

Que no tiene tiempo que perder, le contesto enseguida o me va a llevar a su cuartel, en otra ciudad.

Puede asegurarme que terminaré arrastrándome por el suelo y besándole las botas.

Que hará que yo me arrepienta de haber nacido.

Que lo que me han hecho hasta ahora no es nada, que estoy entero, como si no me hubieran tocado.

Si él me agarra no quedará nada de mí.

Me insulta de todos los modos posibles. Es grosero, y quiere parecer grosero.

En principio, no puedo responder a lo que me pregunta, aunque alguna información lateral yo podría tener. Sé que sólo está tratando de asustarme, pero, aunque lo sé, no puedo evitar el miedo. Me doy cuenta de que esta bestia es capaz de cumplir con lo que promete.

Me dice que a un compañero, al que yo conozco, él lo tiene en su cuartel y lo ha dejado hecho un animalito.

“Camina en cuatro patas, como un animalito. Así te voy a dejar a vos.”

Trato de hacerle ver que no sé de qué me está

hablando, y, a la vez, de que no suponga que le estoy mintiendo. No quiero ir a la tortura otra vez. Tengo que ser verosímil.

La conversación, si a esto puede llamársele conversación, continúa. Noto que se aburre, que quizá ha tenido que venir a Jefatura y aprovecha para ver si puede pescar algo.

Entra alguien que quiere hablar con él.

El capitán se desinteresa de mí. Sale de la habitación. Al rato vuelve. Me saca las esposas.

“Que se lo lleven.”

Cuando me llevan me grita:

“Esta tarde te vas conmigo”.

Me quedo pensando en esto todo el día. No es tortura, es sólo amenaza de tortura, pero igual no me deja la cabeza quieta un instante. ¿Lo habrá dicho sólo para asustarme? ¿Vendrá a buscarme?

Tarde en la noche me tranquilizo. Por lo menos hoy no me llevarán.

Ha pasado una semana. Es de tarde. Sin preámbulo, me hacen salir de la celda:

“Con todo”.

Quiere decir con una bolsa de plástico donde tengo cepillo y pasta de dientes, jabón, una toalla, un libro de Ray Bradbury que conseguí.

“¿A dónde voy, a otra celda?”

Nada, ni una palabra.

Enseguida veo que no me llevan a otra celda. Bajamos en el ascensor hasta la planta baja. Allí hay un jeep. Me encapuchan, me esposan a la espalda. Volvemos a empezar.

Estoy en otro cuartel. Me meten en un vagón. Como el Ejército no tiene lugar para poner a tantos presos, ha decomisado vagones de ferrocarril y los usan como calabozos. Hay una silla, me dejan sentar.

Me pongo a repasar mentalmente qué pueden preguntarme. Me digo que nada grave. Pero nunca

se sabe. Por cosas tontas pueden torturar mucho. Igual, no será grave. Todo tranquilo.

Me doy cuenta de que soy un "veterano". Llevo meses en los calabozos. Estoy sano, limpio, la cabeza me funciona. Mi juventud resiste mucho.

Una hora después siento que alguien entra en el vagón. Más de uno, no me doy cuenta cuántos son. Veo por debajo de la capucha las botas. Son oficiales. Los soldados no tienen este tipo de botas. Y son oficiales de caballería. Por tanto, he cambiado de arma, de artillería a caballería. Este cambio no significa nada. ¿O sí?

Los que entran bromean, mencionan mi apellido, mi nombre en diminutivo. Una mano me levanta unos centímetros la capucha, lo suficiente como para dejar la mejilla al descubierto. Apoya el caño de un revólver en la mejilla. No me asusta, pero hace fuerza con el revólver, y la punta del caño contra el hueso duele.

"¿Lo matamos?", dice uno, que no es el que empuña el arma.

"No, mejor más adelante", se oye otra voz.

Ahora me doy cuenta de que son tres.

Uno pregunta si sé dónde estoy.

Voy a provocarlos. Con poca cosa puedo probarlos, y ver qué tal son:

"No sé dónde estoy. Pero sé que es un cuartel de caballería".

¿Cómo lo sé?

Por las botas.

El que empuña el arma me pregunta si sé quién es.

Le contesto que sí.

Los demás se ríen:

“¡Te reconoce!”

Baja el arma.

“¿Cómo me llamo?”

“No recuerdo tu nombre, pero sé cómo te dicen.”

Más risas.

“¿Y cómo me dicen?”

Le digo el apodo.

Fue compañero mío de liceo, hace ocho años. Nunca más volví a verlo. La memoria del oído me impresiona, ha guardado la voz de este individuo durante tanto tiempo.

Las risas llenan el vagón.

Se van.

Es de noche. Me han dado de comer. No ha aparecido ningún colchón. Quizá deba dormir sentado. Pero todavía es temprano, habrá que esperar. No he visto a ningún preso, no logro hacerme idea del espacio. El vagón está en un lugar amplio, se oyen voces de soldados que pasan de largo, pasos en el pedregullo.

No sé dónde se tortura. La cabeza intenta organizar el espacio, controlar el tiempo, encontrar referencias. Siento que es importante saber dónde se tortura, y no me doy cuenta por qué, si lo mismo da un sitio que otro.

Cuando me llevan al baño no puedo averiguar nada. Letrina de cuartel, ninguna característica que me permita ubicarme.

Me pierdo, el pensamiento se va sin que pueda controlarlo. Pasan tres horas, cuatro. Se oyen pasos sobre el pedregullo. Vienen hacia acá:

“¡Bájenlo!”

Los soldados me hacen descender los escalones del vagón.

Aquí vamos, ahora empieza la cosa.

Entramos en un sitio raro. Lo primero que ocurre es que me hacen dar la cabeza contra algo. Alguien me da la pista de dónde estoy:

“¡Cuidado con el palo!”

Ese dato, no sé por qué, me permite saber que estoy en una tienda de campaña.

Empiezan los gritos, golpes al pasar. Nada grave.

“Ahora sí, Liscano, vas a ver lo que es bueno.”

Alguien me golpea la cara. Me duele, pero más que dolerme me molesta. Sólo una vez me golpearon en la cara, con el puño, en el primer cuartel. No hace nada, golpear la cara. Quiero decir que no se obtiene ningún resultado, pero es muy molesto, puede dejar marcas. Es preferible, por ejemplo, la manguera de goma, en los brazos y las piernas. Duele mucho, y las marcas no se ven. No sé por qué, pero prefiero un buen golpe en la espalda o en el pecho, que un puñetazo en la cara.

Me doy cuenta de que están alegres. O no están alegres, sino que se están entreteniendo. Me entero de que tienen detenida a una mujer que fue novia mía hace un par de años.

Les digo que no lo sabía. Que ni siquiera sé por qué la han detenido.

Me dicen que ella opina de otro modo.

“Imposible.”

“Ya veremos.”

No tienen nada para preguntar. Eso dice mi cabeza. Pero no hay que descuidarse. Pueden torturarme aunque no tengan nada para preguntar.

Me hacen sentar. Me levantan la capucha. No les importa que los vea.

Esto me lleva a probar otro estilo, atrevido, de "veterano" de la tortura. Les pido un cigarrillo.

Me dicen que me lo darán si colaboro con ellos.

No me importa. Que me den el cigarrillo y conversamos. Pero que no sé nada que pueda interesarles.

El que tengo delante, un teniente primero, enciende un cigarrillo y me lo pone en los labios.

Le pido que me cambie las esposas para adelante.

Se ríen, les parece que me hago el vivo, que abuso de su "hospitalidad".

Me cambian las esposas como les pedí.

Hablan a los gritos, se interrumpen. Me doy cuenta de que no les interesa preguntarme nada. Dicen tonterías.

De pronto encuentran qué preguntar.

¿Me acosté con la mujer que fue mi novia, que tienen detenida?

Lo preguntan del modo más sucio y grosero.

No respondo.

Insisten.

¿Era virgen cuando la conocí? ¿Qué sabe hacer en la cama?

Esto me molesta muchísimo. Es irracional que me moleste, no debería importarme, pero no puedo evitarlo.

No respondo nada.

Siguen.

¿Cómo lo hace, cómo lo hace?

Me doy cuenta de que el silencio no es respuesta suficiente. Para que les quede claro lo que pienso, palabra por palabra, les digo, en voz baja, muy cortante:

“A eso no voy a contestar nada”.

Lo que quiero decirles con mi tono es que a ver si entienden que un macho no cuenta ni pregunta esas cosas. Yo, con el resto que me queda, aun en estas condiciones, para eso sigo siendo un macho.

Silencio.

Tal vez me equivoqué y no entienden y entonces esto sí que se va a poner difícil. Voy a tener que hacer alguna otra cosa, y no quiero. No quiero hablar con estos tipos, no quiero hacerme pegar.

Pero sí, lo entendieron, cambian de asunto.

De todos modos, por negarme a contestar pierdo mi cigarrillo. El que me lo quita lo hace con brusquedad, y se lleva parte de la piel del labio. Me duele, y sangra.

“Bueno, se terminó”, dice el teniente primero.

“Sí, vamos a dejarnos de joder”, dice el que fue compañero mío de liceo.

Ahora empezarán a torturarme, me digo.

Me hacen levantar.

“Llévalo a la caballeriza”, dice el teniente a un soldado.

Siento que por ahora no, que no me torturarán.

Me ponen la capucha. Por el camino me doy cuenta de que no volvemos al vagón. Que el oficial dijo “a la caballeriza”.

Les digo a los soldados que me llevan que quiero recoger mi bolsa, que está en el vagón.

Dudan. Dicen que no. La orden fue "a la caballeriza".

Entramos a un sitio que es, efectivamente, una caballeriza. Por debajo de la capucha veo fardos. Alimento para caballos. Me tiran en un colchón. Pienso en mi bolsa del vagón, la he perdido. Tendré que remar mucho para que me la devuelvan.

Desde el colchón empiezo a ver. Hay un fardo, un colchón, un fardo, un colchón. En cada colchón un hombre o una mujer. Poco a poco alguien se mueve, habla, pide algo, es llevado a la tortura, devuelto empapado. Veo que hay más hombres que mujeres.

Después de un rato me tiran la bolsa de plástico con mis cosas, me cae junto a la cabeza.

Pasan los días. No me torturan, no me interrogan. Organizo la vida sobre el colchón. Veo caras conocidas. Comienzo a ver mujeres. Están encapuchadas, pero se les marca el cuerpo bajo la ropa, se oyen las voces. Es un placer verlas, aunque sea aquí, aunque sea en estas condiciones, aunque es-

tén reventadas. Hay otro olor en el aire, olor a hembra que se mezcla con los nuestros, con el de la caballeriza.

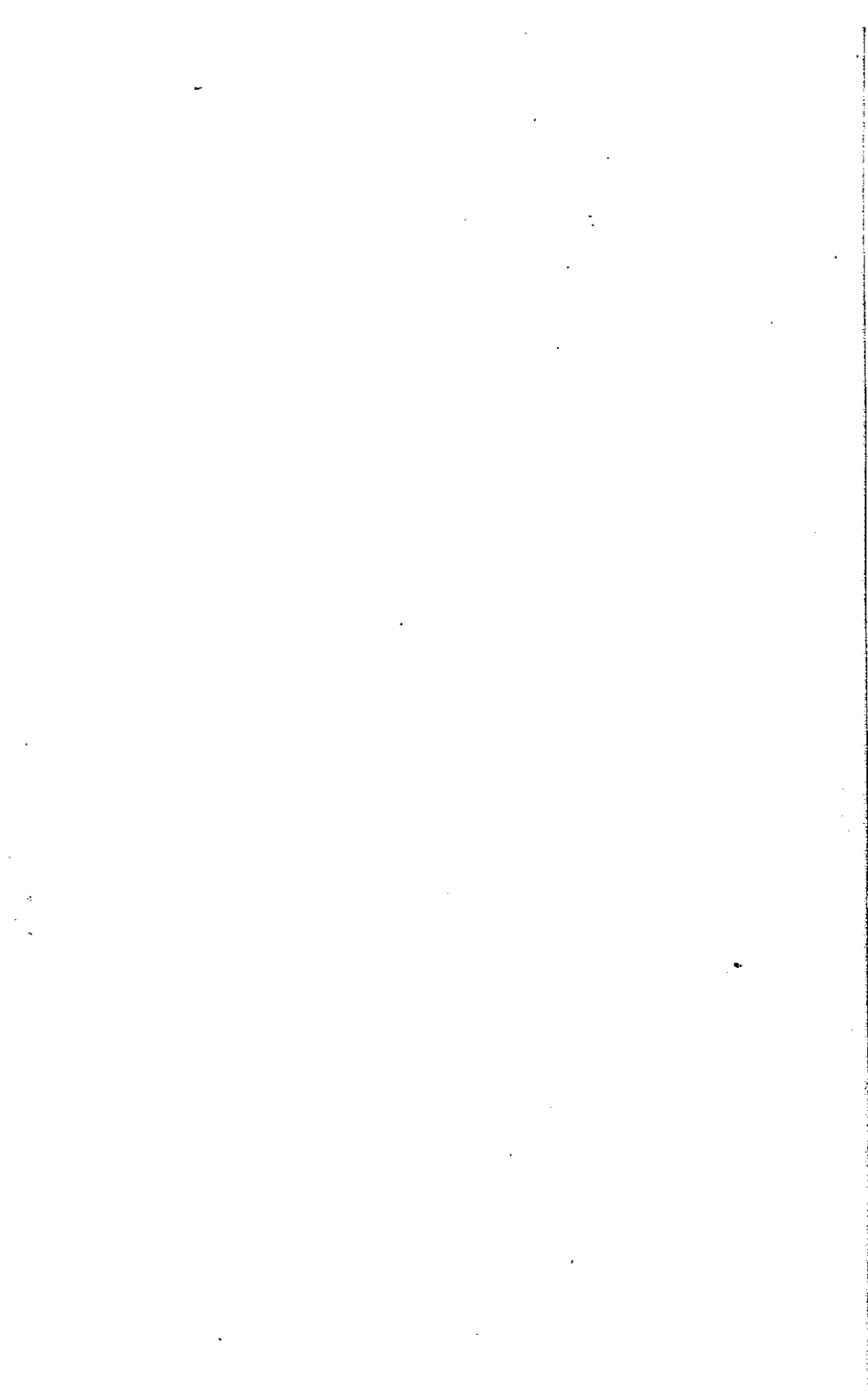
Hace una semana que estoy aquí, sin moverme del colchón.

Una tarde viene un sargento.

Que prepare mis cosas. Es decir, la bolsa de plástico.

Nos vamos. Me han traído para nada. No sé qué fecha es, y tampoco sé en este momento que es mi último pasaje por un cuartel, la última vez que me pondrán una capucha, que habré pasado por una sala de tortura.

Sentarse a esperar
lo que sea



1

No sé por qué antes de subirme al jeep me quitan la capucha y las esposas. Quizá algún criterio que tiene que ver con la administración de los objetos, o alguna orden extraña acerca de cómo se traslada a un detenido. Le dedico un instante a este asunto y no logro entenderlo.

Un soldado se saca la corbata y me ata los pulgares juntos, y luego, con la misma corbata, me ata las dos muñecas. Esto no lo conocía. Es ingenioso, tan efectivo como las esposas. Imposible hacer nada con los pulgares atados. Me distraigo con este nuevo conocimiento. Para que no pueda ver me ponen una venda en los ojos.

Voy sentado, el cuerpo en sentido opuesto a la marcha del jeep. Delante el chofer y un sargento, tengo un soldado a cada lado. Noto que he descendido notoriamente de categoría. Antes dependía de mi responsable, y siempre de oficiales. Ahora el traslado está al mando de un sargento. Me alegra

saberlo. Lo mejor es no ser "importante", pasar inadvertido. Nunca fui "un importante", pero ellos entendían que sí.

En el jeep no se habla nada. Con movimientos de las cejas logro mover la venda. Veo dónde estamos, reconozco la calle. Comienzo a pensar en tirarme del jeep. Pero no para hacerme matar, sino para fugarme. Si salto del jeep en marcha puedo caer de espaldas, golpearme la nuca. Tendría que darme vuelta en el aire para no caer contra el hormigón. Los soldados están armados con carabina M2. Es automática, está cargada, es muy probable que sin seguro. Mientras yo recupero el equilibrio y empiezo a correr tienen tiempo de tirar. Es de día. Las posibilidades de que no acierten son pocas. Y si no aciertan, ¿a dónde voy? No tengo a dónde ir, no sé quiénes han caído. Mientras pienso este plan inútil de fuga, llegamos al centro. Ya no lo intentaré.

Después, durante años, soñando despierto con fugas imposibles, voy a recordar esta oportunidad como la única que tuve de escaparme. Me diré que si lo hubiera hecho quizá me habría salvado, los soldados hubieran tardado en tirar, yo habría corrido y nunca más me habrían encontrado. También podría haber muerto aquella mañana. ¿Quizá mejor muerto que preso? No. Pero las imágenes van a volver, cada pocos meses, el sueño del preso: fugarse, correr, correr por una inmensa llanura, blanca, sin límites, sin barreras. Al fondo hay una luz como de crepúsculo, o de amanecer. Nunca logro darme cuenta si oscurece o sale el sol. Yo corro, corro. De pronto comienzo a caminar, a bus-

car. No hay caminos, puedo dirigirme hacia donde quiera, seguir el capricho de los pies, marchar, marchar, infinitamente. Es la libertad, la libertad soñada, la posibilidad de decidir, de elegir, de hacer, de no hacer, de dejar de hacer.

La libertad, durante años, y para siempre, es correr por una inmensa llanura blanca en el crepúsculo.

2

De vuelta del cuartel de caballería a Jefatura de Policía de Montevideo. A los pocos días el gran acontecimiento: me trasladan a una celda donde hay otros presos. Es una habitación de cuatro metros por tres. Somos catorce. Estamos "en depósito". Dependemos de Cárcel Central, pero sólo como depositados. Eso nos hace reír, parecemos mercadería.

La falta de espacio no me importa. Es la primera vez en seis meses que puedo hablar con alguien que no sea mi responsable. Comienzo a enterarme de lo ocurrido, en el país, en cuarteles en los que no he estado. Hay libros, aunque es difícil encontrar un rinconcito para aislarse, concentrarse y leer. De noche se conversa hasta tarde. No hay colchones para todos porque no caben en el piso. Se duerme como se puede, pero es infinitamente mejor que los calabozos, y también que la celda. No hace frío, se cuentan historias, se hacen chistes. Eso es lo bueno. No la comodidad, sino los compañeros.

A los pocos días me doy cuenta de que estar encerrado allí, con tanta gente, genera tensiones, pequeñas rivalidades.

Una tarde traen a un compañero que lleva meses aislado. Se le ofrece comida, lectura, lo que quiera.

Nada, no le interesa nada, más que conversar.

Comienza a oscurecer y dos o tres se ponen a tocar el tambor en unos tarros de plástico, en una caja. El recién llegado se incorpora, ensaya unos pasos de baile.

Gritos, aplausos.

Sigue bailando, un instante más.

Y luego no para, sigue. Se mueve, el cuerpo busca el ritmo, lo encuentra.

Se hace espacio en el medio de la celda, poco a poco se forma un corro de hombres sentados en el suelo, en los colchones, alrededor del que baila.

Y el recién llegado baila, baila. Con los ojos cerrados gira, alza los brazos, mueve la cadera, los hombros, quiebra el cuerpo, se detiene, gira en el otro sentido.

Los músicos se cansan, se aburren, pero la música no puede parar, otros recogen el tambor, el tarro de plástico abandonado. La música debe seguir, para que este hombre siga volando, viajando, en su baile, en su cosa, en su felicidad. Está feliz, feliz, se le ve en la cara, en los ojos cerrados, en las manos, en el cuerpo liberado. Hace meses que está solo, que su cuerpo no siente el calor de otro cuerpo amigo cerca. Y baila, el cuerpo baila, una hora, hora y media.

¿No estará enfermo?

En todo caso, enfermo y feliz.

Cuando por fin para, se sonríe, nos mira. Se pone a hablar.

¿Hay algo para comer?

Es otro, ya se olvidó de que nos tuvo más de una hora expectantes, alegres, preocupados. Ya visitó el sitio que necesitaba visitar, vaya a saber dónde, con quiénes. Ahora es otro, y está aquí. Quiere comer.

3

Un día hay fiesta. A uno de los compañeros de la celda le anuncian que su mujer, presa en otro sitio, acaba de parir una niña. La madre y la hija están bien. Al padre se le llenan los ojos de lágrimas. Lo abrazamos, le cantamos, hacemos bromas.

Entonces el padre, decidido, hace algo que nadie puede creer. Consigue aguja e hilo, se saca la camisa y empieza a cortarla en pedazos, y a coser esos pedazos. Luego agarra un marcador. Tiene una habilidad maravillosa con las manos. En media hora ha fabricado una muñeca, de ojos grandes, largas pestañas, labios rojos. Es su regalo para la hija que acaba de nacer. La muñeca parece hermosa. Es la primera vez, y hasta ahora la única, que veo "nacer" una muñeca. Una muñeca única, nacida de manos de un hombre, entre hombres.

4

Dos semanas después vuelven a trasladarme. Esta vez voy a Punta de Rieles, un edificio en medio del campo, aunque cerca de la ciudad, que fue seminario católico.

Después de una semana, otro traslado. Una madrugada, me llaman, me llevan a lo que fue la capilla. Hay un grupo de unos quince presos.

¿A dónde nos llevan?

Alguien ha averiguado que vamos al Penal de Libertad. Hemos oído hablar mucho de él, pero sólo rumores. Nadie sabe cómo es, qué nos espera.

Nos suben a un camión totalmente cerrado, que llamamos "ropero". Nos esposan de una manera increíble. Sentados en el suelo, formando un círculo con las caras hacia el centro, mi mano derecha es esposada con la mano izquierda del que está a mi izquierda, o sea la mano del otro que está más lejos de la mía, y mi mano izquierda con la mano derecha del que está a mi derecha. Así hasta que el círculo se cierra.

Viajamos más de una hora. El Penal está a unos cincuenta kilómetros de Montevideo. Cuando llegamos comienza el gran zafarrancho. Nos quitan las esposas y nos tiran del camión, con las bolsas. Cuando caigo, un soldado con un garrote me levanta, me tuerce el brazo a la espalda y comienza a correr, detrás de mí, obligándome a correr, con la bolsa. Empezamos a subir una escalera. Corremos escalera arriba, varios pisos, no sé cuántos. No puedo respirar. El soldado también se cansa, pero sigue empujando.

Al final terminamos caminando, escalera arriba. Veo una larga fila de puertas de metal pintadas de gris. Hay un soldado junto a una puerta que está abierta. Cuando llegamos a ella el otro me tira dentro de la celda y suena el portazo a mi espalda, y el golpe de la tranca.

Es de madrugada.

Miro por la ventana. Se ve una alambrada, luces. Estamos en medio del campo pero no lo veo. Sí distingo el horizonte. Trato de orientarme. Si aquello es el horizonte, entonces ¿eso es el Río de la Plata?

Creo que sí.

Una vez orientado, me acuesto y me duermo.

5

Me despierta el golpe de la ventanilla de la celda. Traen el desayuno. Apenas tengo tiempo de tomarlo y me sacan corriendo. Esta vez es escaleras abajo, es más fácil. Me meten en un lugar donde hay duchas. A los gritos me dicen que me quite la ropa y me duche. No tengo toalla. Me seco con la ropa que tengo puesta. Luego me dan un uniforme gris y un par de alpargatas. Me visto y me calzo. Me hacen sentar en un cajón y un soldado me corta el pelo, rapado. Me llevan unos metros, a una puerta que está enfrente.

Es la enfermería. Hombres vestidos de blanco, con uniforme verde debajo, y botas militares, me toman datos.

“¿Es diabético, tuvo tuberculosis, es enfermo del corazón, tuvo sífilis...?”

“Ahora quítese la ropa.”

Me miran. No ven las heridas en los pies. Yo hago para que no las vean.

"Dése vuelta."

"Inclínese."

"Ábrase las nalgas."

No sé qué quiere. No me muevo.

Me toca el hombro con el dedo.

"¿Oyó?"

Digo que no entiendo.

Irónico:

"Que se agarre las nalgas con las dos manos y se las abra. ¿Entiende ahora?"

Entendí. Ahí van las nalgas.

"¡El siguiente!"

Salgo y me llevan otra vez a la misma celda en que estuve. De paso me hacen recoger mi bolsa, que está en el largo corredor. Es una tranquilidad, reencontrarse con la bolsa, que es como la casa del preso, donde tiene todo lo que necesita, lo que le dejan tener, lo que está autorizado.

En la celda han puesto un colchón, una almohada, dos frazadas, dos sábanas, una funda de almohada, un plato hondo, un plato llano, uno de postre, y un jarro de aluminio. Todo huele a desinfectante.

Cuando acabo de revisar las novedades que me han dejado y todavía estoy tratando de "verme" en el uniforme gris y duro con un número en el pecho y me doy cuenta de que tengo frío porque no tengo nada debajo del uniforme, se abre la puerta.

Afuera hay un sargento, dos soldados.

Que junte mis cosas. Todo, el colchón también.

Ahora tengo muchas cosas. Es difícil cargarlas todas de una vez sola. Hago lo que puedo. Envuelvo el colchón en una frazada, meto las cosas den-

tro, lo cargo al hombro. Dejo una mano libre para llevar la bolsa. Bajamos por la escalera. Es incómodo, pero con los años me haré hábil en cargar "todo" de una sola vez.

Llegamos a otro piso, no sé cuál es. Me meten en la celda catorce. Miro un rato por la ventana, el campo sin un árbol. Aquello, en el horizonte, tiene que ser el Río de la Plata, o el Río Santa Lucía.

Hago la cama, reorganizo mis cosas. Me siento a esperar. No sé qué, pero algo hay que esperar. Dentro de mucho tiempo lo sabré: acabo de sentarme a esperar el furgón de los locos, el que un día me llevará en el absurdo viaje hacia la libertad.

6

Estoy en el segundo piso del Establecimiento Militar de Reclusión N° 1, conocido como Penal de Libertad. Tengo veintitrés años y soy el recluso número 490. Es, creo, el 23 de noviembre de 1972. Rengueo del pie derecho. En este lugar y en este piso viviré doce años, cuatro meses y veinte días.

Aquí me haré hombre adulto, me saldrán las primeras canas, haré mis mejores amigos, leeré cientos de libros buenos, regulares, malos, pésimos. Aquí aprenderé mucho de otros presos, y haré por aprender algo de mí mismo. Pasaré fríos, castigos, enfermedades, incomodidades, angustias, depresiones. Viviré nuevas miserias, grandes y pequeñas, mías y ajenas. Seré testigo de actos de solidaridad, de ternura y de afecto inauditos protagonizados por hombres que están igual que yo, privados de todo. Sentiré que empiezo a envejecer. Comenzaré a escribir. Decidiré que seré escritor.

Cuando salga del segundo piso estaré rengo co-

mo al comienzo, otra vez del pie derecho, a causa de un esguince que me habré hecho jugando el último partido de fútbol que los presos políticos hayan jugado en este penal. El 13 de marzo de 1985 me llevarán a Jefatura de Policía de Montevideo y allí pasaré una noche en el cuarto piso, tirado en un colchón porque no podré caminar. Cuando el furgón me deje en casa de mis padres ellos ya no estarán. Me esperará mi hermana. Lloraremos juntos un instante. Me acostaré muy tarde esa noche.

Al otro día me levantaré a las cinco y media de la mañana, obsesionado por hacer "algo" con mi libertad. No sabré qué será de mi vida, excepto una cosa: que pasaré en limpio mis papeles de la cárcel, *La mansión del tirano*, *El método y otros juguetes carcelarios*, *El informante*, el diario de *El informante*, mis poemas, mis apuntes, y que me dedicaré a escribir. No sé si por el resto de la vida, pero por lo menos hasta el día en que no tenga más nada para decir. Escribir, hasta nuevo aviso, será el centro de mi vida.

Esa mañana sentiré que la vida me pertenece, que es mía, sólo mía, y que puedo hacer con ella lo que quiera. Enseguida me daré cuenta de que eso es mucho más difícil que estar preso.

Será el 15 de marzo, mis primeras horas de hombre libre. Tres días después, el 18 de marzo de 1985, cumpliré treinta y seis años. A los treinta y seis todavía hay mucho que se puede hacer. Pese al tiempo pasado en la cárcel, mi cuerpo todavía estará fuerte y sano. ¿Cuántos años me quedarán? ¿Y cuántos años más me gustaría vivir? ¿Treinta? No tantos. ¿Veinte? Digamos veinte. En esos veinte años deberé vivir mi libertad, no equivocarme nun-

ca, o equivocarme lo menos posible. En ese momento creeré que soy capaz de lograrlo, fijarme una meta y marchar hacia ella, contra todo lo que se ponga delante, sin cometer errores.

No me daré cuenta de que de ese modo seguiré estando, sin quererlo, sin saberlo, sin creerlo, durante muchos años, dominado por la urgencia de los presos: la pasión por aprovechar el tiempo, por hacer, por aprender, conocer. Así, muchas cosas de la vida quedarán fuera de mis intereses. Cuando lo descubra será tarde otra vez, pero yo lo habré elegido. Esa prescindencia, esa elección de algunos intereses dejando otros de lado, aun en el error, habrá sido mi ejercicio de la libertad.

Alguna noche, entre amigos, contaré historias risueñas de los presos. Pero durante mucho tiempo me negaré a escribir sobre la cárcel. Me sentiré incapaz de contar por escrito algo más que una sucesión interminable de historias de vejaciones, carentes de complejidad, y de jerarquía literaria.

Pasarán veintisiete años antes de que encuentre una voz que pueda hablar de los viejos tiempos. Un día la voz entenderá que la relación entre el individuo aislado y las palabras tiene suficiente jerarquía, e interés literario, como para ser contada, y escribiré "El lenguaje de la soledad", y creeré que eso es todo lo que soy capaz de decir.

Pero otro día, un año después, de golpe, la voz se abrirá camino, se me impondrá, querrá decir, contar, con o sin jerarquía, con o sin calidad literaria. Y la voz se hará indetenible, me dirá qué escribir, rescatará hechos, sensaciones, sentimientos que no recordaba.

Entonces habré cumplido cincuenta y un años, seré un hombre mayor, que es un modo elegante de decir que habré entrado en la vejez. Seguiré igual de desorientado frente al ejercicio de la libertad que el 14 de marzo de 1985, cuando viajaba en el furgón de los locos. Seguiré buscándola, ensayando, creyendo a veces que la he encontrado, sintiendo otras que la he perdido. Algunos días, pocos, tristes días, malas horas, creeré que los años de la cárcel me quitaron oportunidades. De estudiar, por ejemplo. Nunca, en ningún momento, sentiré que la cárcel me haya empobrecido espiritualmente.

Por eso, una noche de 1999, veintisiete años después de haber caído preso, escribiré:

Antes de los treinta, en el poder o muertos.
Éramos jóvenes, éramos muchos y
habíamos entrado en la vida solamente
para cambiar el mundo.

La vida pasó, y nada fue como decíamos.
Fue la cárcel, fue la tortura, fueron los
miles de muertos.

Aun así, cuando nos encontramos, el
recuerdo de la ilusión de muchachos
llena todavía el corazón, que se animó
un día a creer tanto.

Entonces siento que si hubo otro modo
posible para mí no lo quisiera.

Porque, y perdonen por creerlo, le debo a
aquella ilusión la alegría de haber
conocido a algunos de los mejores.

7

El cuerpo, que durante tantos años fue lo único que tuve, pese a los golpes, a las miserias, al asco que una vez sentí por él, ahora, ya en el camino de la vejez, animal amigo, sigue siéndome fiel.

Quisiera decirlo, y decírselo, con las palabras más comunes que un hombre habituado a trabajar con palabras puede encontrar: me gustaría poder elegir la muerte de mi cuerpo, el día, el lugar, y el modo. Que le sea serena y plácida. Y algo absolutamente irracional: quisiera que un día mis huesos estén junto a los de mis padres, si fuera posible. Lo único que le pedí a mi cuerpo en la tortura fue que me permitiera algún día mirarlos a la cara con dignidad.

Montevideo,
setiembre 2000-mayo 2001

Índice

Dos urnas en un auto	9
Uno y el cuerpo	57
Sentarse a esperar lo que sea	167

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2002
en Central de Impresiones Ltda. - Democracia 2226

Telefax: 203 19 72* - CP. 11800

e-mail: consultas@imprenta.com.uy

www.imprenta.com.uy

Montevideo - Uruguay

3ª Edición amparada por el decreto de Ley N° 218/96
Comisión de Papel - Depósito Legal N° 326751/2002

OTROS TÍTULOS EN ESTE GRUPO EDITORIAL:

Rafael Courtoisie
CADÁVERES EXQUISITOS

Fernando Butazzoni
LA NOCHE EN QUE GARDEL
LLORÓ EN MI ALCOBA

Sylvia Lago
DÍAS DORADOS, DÍAS EN SOMBRA
SALTOS MORTALES

*Washington Benavides,
Rafael Courtoisie y Sylvia Lago*
ANTOLOGÍA PLURAL
DE LA POESÍA URUGUAYA DEL SIGLO XX

Mercedes Rein
MAREA NEGRA

Marosa Di Giorgio
CAMINO DE LAS PEDRERÍAS

Hiber Conteris
ROUND TRIP

Andrea Blanqué
LA PIEL DURA
LA SUDESTADA

Carlos Rehermann
EL CANTO DEL PATO

Teresa Porzecanski
LA PIEL DEL ALMA
UNA NOVELA ERÓTICA

Carlos Liscano
LA CIUDAD DE TODOS LOS VIENTOS



"**H**ace días que estoy en un cuartel del Ejército, encapuchado hasta los hombros; el pantalón, la camiseta, el calzoncillo, los zapatos empapados. Tengo 23 años. No sé qué día ni qué hora es. Sé que es de noche, tarde. Acaban de traerme de la sala de tortura, que está en la planta baja, descendiendo la escalera, doblando a la izquierda. Se oyen los gritos, un torturado, otro, y otro y otro, toda la noche. No pienso en nada. O pienso en mi cuerpo. No lo pienso: siento mi cuerpo. Está sucio, golpeado, cansado, huele mal, tiene sueño, hambre. En este momento en el mundo somos mi cuerpo y yo. No me lo digo así, pero lo sé: no hay nadie más que nosotros dos. Pasarán muchos años, casi treinta, antes de que pueda decirme qué es lo que siento. No decirme 'qué se siente' sino qué sentimos él y yo."

Carlos Liscano ha publicado narrativa, poesía, teatro, y ahora, en su nueva obra, nos conmueve con el relato y nos seduce con su inteligencia: *El furgón de los locos* es una reflexión sobre la tortura, y toma su título del viaje que la noche del 14 de marzo de 1985 hicieron los últimos presos políticos uruguayos hacia la libertad.

Texto intenso como una novela, real como un testimonio, intenso y real como la vida misma.

ISBN 9974-643-12-0



9 789974 643123